

Argumentos. Revista de crítica social (no. 2 mayo 2003)	Título
Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA - Autor;	Autor(es)
Buenos Aires	Lugar
Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA	Editorial/Editor
2003	Fecha
	Colección
Inseguridad; Política; Protesta social; Elecciones ; Sistemas políticos ; Participación ciudadana; Seguridad; Argentina;	Temas
Revista	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Argentina/iigg-uba/20120619054712/Argumentos2.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



Argumentos. Revista de crítica social.

No 2 Política e inseguridad

Mayo de 2003.

Tabla de contenidos

Editorial	PDF
Conversaciones	
Sistema político argentino frente a las elecciones	PDF
<i>Marcos Novaro, Dora Orlansky, Pablo Rieznik</i>	
Protesta social	PDF
<i>Rolando Astarita, Norma Giarraca, Inés Izaguirre, Germán Pérez</i>	
Dossier	
Una reflexión sobre la inseguridad	PDF
<i>Juan Pegoraro</i>	
Inseguridad dentro del terror	PDF
<i>Gregorio Kaminsky</i>	
Las seguridades perdidas	PDF
<i>Alcira Daroqui</i>	
Los retornos de lo innombrable	PDF
<i>Pablo Alabarces</i>	

Editorial

Este segundo número de la Revista ARGUMENTOS - orientada a construir una voz del Instituto de Investigaciones Gino Germani - aborda nuevamente distintos aspectos del quehacer socio político de nuestro país.

Elecciones presidenciales; protesta social; inseguridad; crisis y cultura son algunas de las cuestiones tratadas bajo la forma de Conversaciones - diálogos entre los diferentes autores.

Se trata así de hacer públicas las opiniones y controversias académicas producidas en nuestro Instituto, ámbito concebido como una verdadera comunidad interpretativa.

Pedro Krotsch
Director

Sistema político argentino frente a las elecciones

Conversaciones entre Marcos Novaro, Dora Orlansky y Pablo Rieznik

Bajo el título "Sistema político argentino frente a las elecciones" el comité editorial de la revista **ARGUMENTOS** convocó a participar de **Conversaciones** a los investigadores Dora Orlansky, Pablo Rieznik y Marcos Novaro. El encuentro tuvo lugar en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires el día jueves 3 de abril, cuando faltaban 24 días para las elecciones presidenciales del 27 de abril de 2003.

Las Conversaciones constaron de tres partes: en la primera, cada uno de los investigadores expuso brevemente sus ideas centrales en torno al tema de la convocatoria; en la segunda, cada uno realizó críticas y preguntas en relación con las posiciones de sus colegas; y en la tercera, a partir de un diálogo menos pautado, se intercambiaron puntos en común, objeciones, defensas y nuevas críticas.

Dora Orlansky: ¿Qué se puede decir del sistema político argentino, frente a las elecciones, que no sea lo que todo el mundo sabe? Faltan sólo tres semanas, y en realidad es algo inédito lo que está pasando, en dos sentidos. Por un lado es una elección anticipada en términos de haber seguido un calendario electoral irregular, según los términos de los períodos electorales cumplidos. Y esto obedece a un proceso de ingobernabilidad de un gobierno que termina el 19, 20 de diciembre de 2001, y continúa con una sucesión de hechos que finalmente llega a la situación que estamos hoy, al momento político actual. Esto es algo inédito, porque la violencia que se desencadena en diciembre de 2001, la represión, es algo inédito en los últimos 20 años de democracia.

Por otro lado también hay que recordar –esto me parece excepcional– que finalmente una fecha decisiva, fue la de los sucesos del Puente Pueyrredón. Fue ahí donde la gestión de Eduardo Duhalde, finalmente, decidió llamar a elecciones el 27 de Abril de 2003, porque no se sabía hasta ese momento cuándo iba a haber una sucesión electoral o no. Yo diría que algo característico de estas elecciones es que se trata de elecciones ensangrentadas. Están teñidas de sangre, de muerte. Políticas que surgieron en estos últimos años signaron este momento que está desarrollándose con la mayor indiferencia.

Se trata de elecciones en un contexto internacional especial. Un contexto internacional en el que también se han violado las instituciones internacionales. Es decir, en los últimos años se ha producido una situación que no tuvo demasiados antecedentes recientes, que consiste en una superposición de desnaturalizaciones de las instituciones democráticas.

Las elecciones son presidenciales, aunque hay también elecciones de gobernadores, senadores y diputados. Lo interesante es que se presentan 19 fórmulas presidenciales, de las cuales solamente se están barajando cinco. Otra cosa importante, interesante, curiosa, de estas elecciones es, que de

estas cinco fórmulas, no hay ninguna coincidencia estadística por la preferencia de voto dada por las distintas empresas encuestadoras, o el gobierno, o los servicios o lo que fuera. Son difíciles de explicar las distancias, contradicciones y contraposiciones que superan la cuestión metodológica. Estas cinco fórmulas que se barajan también tienen otra característica, y es que después del desprestigio de la clase política, de las movilizaciones, asambleas populares, etc., no se presentó ninguna opción, no hubo cambio de liderazgos populares, ni en las instituciones, ni grandes innovaciones de organización. Llama la atención esta situación de chatura, de planicie incierta. Porque no se trata de una situación de estabilidad.

Entonces, de las cinco fórmulas, como todos sabemos, tres de ellas son la explosión, la implosión mejor dicho, del Justicialismo, y las otras dos, en gran medida, provienen del Radicalismo. El propio Partido Radical se erosionó y se desprestigió por la acusación de los fraudes en las elecciones internas de la UCR. Se presenta una situación bastante atípica. Las cinco fórmulas son: la que encabeza Carlos Menem, la que encabeza Adolfo Rodríguez Saá, la que encabeza Néstor Kirchner, el ARI de Elisa Carrió, y la de Ricardo López Murphy. Estas son las brechas que hay, las intenciones de voto son tan extravagantes que entraron en crisis todas las apreciaciones sobre lo que los encuestadores puedan decir.

En resumen, tres fórmulas son el resultado de la implosión justicialista. Las otras dos son, en cierta medida, la expresión del deterioro de la Alianza que gobernó con Fernando de la Rúa. Una sexta fórmula, la de la UCR, casi resulta inexistente. Quiero señalar que todo indica que será la primera vez que habrá ballottage. Además, bastaría con que cualquiera de las dos fórmulas más votadas renunciara, para que, más allá de las cifras existentes, saliera automáticamente la otra, porque no habría disputa electoral en una segunda vuelta.

Sería la primera vez que el sistema de ballottage se implementaría, aun cuando podría haberse aplicado con la reforma electoral de 1972 en las elecciones de 1973, cuando Ricardo Balbín resultó derrotado por Héctor Cámpora, quien obtuvo el 49 por ciento de los votos. El sistema de ballottage reemplaza desde 1994 al sistema indirecto - el de la elección de una Junta Electoral - en cuyo seno tenía lugar la votación final de la fórmula presidencial ganadora.

Así llegó Arturo Umberto Illia con muy pocos votos, con menos del 30%, a la presidencia. Porque en ese momento se aplicaba la Constitución reformada de 1957 y era la primera minoría.

El ballottage también anticipa una cierta tensión en cuanto al resultado. Porque por un lado no hay antecedentes de su aplicación y, por otro lado, el contexto político se insinúa sumamente dudoso, enturbiado por elecciones que no se han podido dirimir en las internas del Justicialismo, por el fraude (en las internas del Radicalismo) y la violencia inescrupulosa en otras experiencias electorales (internas Justicialistas en Catamarca), y agudizado porque el pronóstico de la distancia entre los dos primeros puestos (y también entre el tercero y el cuarto) no parecen muy amplias.

No hay claridad respecto a las proporciones que se obtendrían. Todo hace pensar que no habrá mucha diferencia y que habrá segunda vuelta.

Suponiendo que se llegara a esta situación, y hubiera una segunda vuelta, salvo que renuncie una de las fórmulas, tampoco está claro cuál sería la aceptación o reacción si en la primera vuelta sale una fórmula que después no resulta primera en la segunda vuelta. En las experiencias internacionales, el caso más cercano es el de las últimas elecciones en Francia. En la segunda vuelta ganó Jacques Chirac pese a que en la primera vuelta tenía menos votos que Jean-Marie Le Penn.

Otro ejemplo, es el de las elecciones de Chile recientemente. Los porcentajes de los dos competidores, Ricardo Lagos y Joaquín Lavín, tenían una insignificante diferencia de décimas. El resultado se decidió con toda disciplina en la segunda vuelta.

En el caso de las próximas elecciones en Argentina, el proceso y su resolución son preocupantes. Bajo una situación de emergencia económica y social sin precedentes, el sistema político presenta un futuro incierto.

Pablo Rieznik: Para iniciar esta conversación quiero formular cinco puntualizaciones respecto al tema que nos convoca: dos comentarios sobre el sistema político, dos comentarios relativos a su relación con el fenómeno electoral, y una conclusión. Pretendo destacar así, sintéticamente, lo que me parece que son los aspectos estructurales de la cuestión sometida a debate.

El primero de esos comentarios. Para omitir equívocos, al sistema político lo concibo como el conjunto de partidos, instituciones y liderazgos comprometidos con el panorama de bancarrota económica y destrucción social que ha habido en el país. Que se encuentra por lo tanto en un proceso ciertamente terminal. Este dato que me parece insoslayable y que expresa el agotamiento de formaciones políticas históricas, como el PJ y la UCR, pero además es un fenómeno que arrastró a las llamadas terceras vías, al modo del Frepaso o la Alianza, y que no fueron otra cosa que intentos de "recauchutaje" del propio sistema, condenados vertiginosamente a un estruendoso fracaso. Dicho sea de paso, una experiencia que contó con el apoyo entusiasta de lo que sería el *establishment* académico universitario oficial.

Segundo comentario: la descomposición del régimen político no debe remitirse a crisis de representación, en el sentido histórico y conceptual del término. Es una estrechez formalista. La raíz del derrumbe actual se encuentra en una crisis histórica del orden social. Es decir, de las relaciones capitalistas de producción y en este sentido la crisis argentina traduce, con su enorme especificidad, un fenómeno más general que constituye el signo de la época, caracterizada por convulsiones económicas y catástrofes humanas realmente sin precedentes como la que se cristaliza hoy en la bárbara invasión imperialista contra Irak.

Tercer comentario: en este contexto las elecciones constituyen para el sistema político un intento de rearmar la autoridad del estado y el régimen, minada por la rebelión popular y el "que se vayan todos" que establecieron los acontecimientos de diciembre de 2001: la apertura de lo que tenemos que denominar como una nueva etapa histórica en el país. Es decir, las elecciones son un intento de reconstruir la política que condujo al desastre de 2001. Esto se revela en la confesión de fe de los principales candidatos del sistema, en

favor de un capitalismo más o menos sano, más o menos nacional, más o menos social, que pregonan los seis representantes visibles, de izquierda a derecha, del espectro electoral, es decir, de Carrió a Lopez Murphy y Menem. O lo que es lo mismo su negativa común a revertir el colapso actual con medidas confiscatorias a los responsables de la mayor confiscación nacional y social de la historia argentina, es decir, la gran banca y las corporaciones monopólicas nacionales y extranjeras.

Cuarto comentario: este mismo sistema político está condenado a reproducir las condiciones de su propia impotencia y caducidad histórica. Una realidad que ya se muestra en la disgregación de las candidaturas del sistema, todas ellas carentes de respaldo popular –ninguna sobrepasa en las encuestas, y en el mejor de los casos, un apoyo del 20% del electorado.- En consecuencia las elecciones van a ser un episodio de la crisis general, si se las considera tanto a la luz de otras experiencias recientes en países vecinos, - un caso paradigmático sería Bolivia- como de las tendencias explosivas del escenario nacional.

Conclusión de estos cuatro comentarios: me parece muy importante enfatizar el hecho de que el carácter cadavérico del sistema político actúa como abono del terreno para la emergencia de una alternativa al sistema político que pienso que está presente en el sujeto social puesto en acción por medio de la revuelta popular. Ese sujeto es, o integra, las asambleas populares, las organizaciones piqueteras, las fábricas ocupadas y los sindicatos combativos. Su desafío es establecer el programa que corresponde a una Argentina renovada y a la organización social, política y económica que le sería pertinente. En términos pedagógicos, pasaje de una Argentina bajo la dirección de la burguesía parasitaria a una Argentina gobernada por la clase productora y las víctimas de la explotación capitalista. Una tarea, no quiero dejar de subrayarlo, que me parece propia de un partido político.

Son estos cinco grandes puntos de partida los que ameritan una consideración de orden más coyuntural. Como agregado final digo que no hay que excluir de este panorama que las elecciones sean el escenario mismo de un agravamiento de la crisis política. Dado el antecedente de Catamarca. Puede estar presente el elemento de fraude durante todo el transcurso de los comicios, por sobre todo como consecuencia de una muy escasa diferencia entre algunos de los candidatos, lo cual podría abrir el panorama político con alternativas que en este momento parecerían... aparentemente excluidas.

Marcos Novaro: Bueno, yo comenzaría por distinguir dos interpretaciones que me parecen polares respecto de la naturaleza de la crisis que se desata en diciembre de 2001, una que considera la crisis como una oportunidad para el cambio. Esa idea es la predominante en los primeros meses, y desata una serie de discusiones, que tienen sobre todo un grupo entusiasta en sectores de izquierda, pero también en los grupos intelectuales y grupos recientemente radicalizados, que encuentran en la crisis una cristalización o una condensación de frustraciones que dan lugar a la expectativa de un nuevo comienzo, de empezar de cero. Con respecto a esta primera hipótesis sobre la crisis, hay dos cosas por decir: una es que evidentemente si hubo oportunidades para el cambio ellas se desaprovecharon

en gran medida. Fundamentalmente porque no hubo actores adecuados para desarrollar estrategias que sacaran provecho de esas oportunidades.

Sin duda que en este pensamiento el colapso de partidos conformistas – fundamentalmente el Frepaso, pero también el Radicalismo– que están precisamente en el foco de la crisis. Pero también la debilidad de otros actores sociales y políticos que desarrollaban algún tipo de activismo en ese período, pero no fueron capaces de vincular ese activismo con estrategias a largo plazo. El carácter extremadamente limitado de los recursos políticos, sobre todo de grupos como el ARI y otros grupos más a la izquierda, creo que queda bastante de manifiesto en esa situación. De todos modos me parece que más allá de ese desaprovechamiento de oportunidades, se sobrestimaron las posibilidades de conexión entre crisis y cambio. Que esas demandas – que en todo caso eran demandas de protección para los ahorristas, las demandas de desocupados, etc. - podían traducirse inmediatamente en demandas de cambios radicales, es ilusoria.

Y ello nos lleva a la segunda hipótesis, que es la que a mí me resulta más simpática, que es: la crisis fue en verdad una enorme oportunidad para el desastre, y ese desastre en gran medida se produjo por la muy mala situación en la que quedaron colocados los actores políticos predominantes en el contexto de la crisis. Sobre las dificultades que enfrentaron el Radicalismo y el Frepaso desde el inicio de su gestión, no creo que tenga sentido volver, y la fragmentación del Peronismo, que alimentó una serie de comportamientos no colaborativos entre ellos y especulativos con respecto de la crisis, que generaron esa situación de crisis simultánea en el terreno político, económico y social.

De todos modos creo que a partir de que empiezan a procesarse los resultados, los costos de las crisis en los terrenos económico y social, creo que hay que tener en cuenta el hecho de que el peronismo, como en tantas otras oportunidades, resultó un instrumento eficaz de gobierno para contener dentro de ciertos límites ese desastre que efectivamente se produjo pero que podría haber sido mucho peor en todos los terrenos. Sin duda que el deterioro de la vida institucional, de la paz social y de los mecanismos de control de la violencia y demás es grave, pero sin duda que si no hubiera sido posible dentro del Peronismo componer un comienzo mínimo de contención de la crisis, ese proceso se hubiera deteriorado mucho más y probablemente hubiera llevado en forma mucho más irreversible a una crisis política e institucional.

Entonces creo que esa evaluación de los costos de la crisis no puede dejar de tener en cuenta el grado importante en que el peronismo logró actuar como mecanismo de contención de la crisis, como un conjunto de actores institucionales que más allá del modo en que habían tratado de sacar provecho de la crisis, sobre todo en los primeros meses, posteriormente adoptaron un comportamiento que uno podría denominar de una mínima responsabilidad institucional

Así la orientación de la crisis tiene un carácter eminentemente conservador y en gran medida esa disposición conservadora que adoptan muchos actores está justificada por la debilidad de las fuerzas del cambio, y por lo tanto lo que es posible esperar en este momento es la reproducción de las rigideces del sistema político que ya conocemos del pasado y que

probablemente se replanteen en condiciones de gobernabilidad, de problemas económicos y sociales, como así también de los propios problemas institucionales, más urgentes. Y si decimos rigideces de la crisis tenemos que tener en cuenta dos, que son importantes y que la crisis ha afectado en modo muy diferente. Uno tiene que ver con los problemas de gobierno en el ámbito nacional, que refieren a las posibilidades que tendrá cualquier actor que llegue al Ejecutivo Nacional de resolver el problema fiscal y el problema de la deuda. Son problemas que durante los años '90 el Peronismo no resolvió, o resolvió de forma inconsistente, y a la larga insostenible, y que se vuelven a plantear para quienquiera que gane. La fragmentación de las fuerzas políticas que advertimos, no creo que sea necesariamente duradera, que el Peronismo no recomponga una fórmula de unidad, y que ello no suceda con el Radicalismo. No creo que se pueda pensar en el agotamiento de esas fuerzas políticas, pero sí me parece que esas fuerzas políticas van a tener que resolver algún tipo de consenso sobre dos temas que son muy difíciles de encarar, y que no se han podido resolver desde el inicio de la transición democrática, y que es cómo se paga la deuda y cómo se financia el estado, dos problemas además muy estrechamente vinculados entre sí.

El segundo problema que me parece será el nudo de una cantidad de dificultades para el futuro gobierno, es la relación entre nación y provincias. Está atado a una serie de rigideces institucionales, que van a mantenerse, si no agravarse, en los próximos tiempos. Y que tienen que ver por un lado, con la sobrerrepresentación de las provincias chicas; la capacidad de veto que esas provincias tienen sobre las decisiones en el ámbito nacional; su representación en el Congreso; el control que ejercen sobre sus representantes en el Congreso Nacional y el hecho de que los partidos nacionales funcionan como coaliciones de caudillos locales que tienen asegurada su base de reproducción política en su provincia.

Lo más llamativo de esta crisis es que es una crisis terrible en la Ciudad de Buenos Aires, pero que si uno va al interior del país advierte que es vista a una distancia considerable, en muchas provincias directamente es algo que se experimenta por televisión. Hay situaciones provinciales extremadamente diferentes, y hay muchas provincias que no tienen ningún interés en participar de la asignación de costos que supone resolver algunos de los problemas del gobierno nacional y algunos de los problemas de la vida económica y social de las grandes ciudades. Veo que esa situación va a mantenerse, y va a ser muy difícil para cualquiera que llegue al gobierno lograr forzar un comportamiento colaborativo por parte de las provincias para resolver esas cuestiones.

Dora Orlansky: Efectivamente estoy de acuerdo con lo que dice Marcos Novaro: se fueron postergando decisiones para el próximo gobierno. La cuestión de la negociación de la deuda, de cómo se encara el tema de los compromisos internacionales, etc.

Pero lo cierto es que el próximo gobierno, visto por donde se mire, será un gobierno sumamente débil. No se sabe cuántos pero podría tener una cifra de voto en blanco en la primera y/o en la segunda vuelta. Eso también achica la legitimidad de representación que podría tener.

Entre los temas estructurales que tiene que encarar, está primero, como dijo Marcos, el tema de cómo se financia el Estado. Es un problema sin resolver durante por lo menos 40 ó 50 años. La presión de los impuestos sobre los ingresos y los bienes personales, esta proporción que pagan los argentinos sobre el PBI - comparado con cualquier otro país de América Latina - es muy baja; en Brasil es mucho más alta. Me baso en datos de CEPAL. Las cuestiones de la distribución del ingreso y de cómo el Estado puede desarrollar las tareas mínimas no están resueltas.

Hay transformaciones pendientes y se van sumando otras, como una bola de nieve, y la capacidad es cada vez menor, y la gobernabilidad por lo tanto, se presenta como un interrogante.

Pablo Rieznik: Bueno, un primer comentario: metodológicamente no me parece correcto hablar de oportunidad para el cambio y oportunidad para el desastre como elementos antagónicos. No hay ninguna posibilidad de cambio si no es precisamente como consecuencia del desastre. Así están dadas las cosas y uno no elige el terreno en el cual actúa. Me parece que una limitación grande, subrayada ya hace mucho tiempo por la ciencia social es no ver en la miseria más que miseria, en la pobreza más que pobreza, en la descomposición más que descomposición. Siempre el deterioro, el entierro del viejo orden, aumenta, estimula, requiere, una alternativa superior, lo cual naturalmente no garantiza que ese proceso sea automático y mucho menos tranquilo.

Hecha esta consideración, retomemos algunas cuestiones puntuales aquí mencionadas. Por ejemplo: ¿la izquierda desaprovechó la situación? Posiblemente. Este movimiento social, en mi opinión, tendría que madurar políticamente para pasar de un plano reivindicativo, de lucha, tan combativo en el último período, a transformarse en el liderazgo nacional que requiere una transformación de alcances revolucionarios. Esa maduración se hace a través de idas y vueltas, de tropiezos, caídas y levantadas, y es un camino extremadamente sinuoso.

El segundo comentario tiene que ver con algo que es muy normal en nuestro medio. Marcos dijo que el Peronismo fue eficaz en cierta contención de la crisis; y es cierto que agregó que lo hizo de una forma extremadamente conservadora. Ahora, ¿cuál es el contenido aquí de la palabra eficaz? Es muy interesante este análisis, porque yo quiero señalar que esta interpretación, en mi opinión, lamentablemente, ha sido tomada por gran parte de la izquierda latinoamericana, y en particular por el PT brasileño. La izquierda del PT brasileño, que vio en los acontecimientos argentinos de diciembre de 2001 nada más que miseria, nada más que tragedia y nada más que bancarrota, en resumen, nada más que un país que se disolvía. Y frente a eso siempre era mejor firmar por ejemplo con el Fondo Monetario Internacional, para evitar tocar fondo y, por supuesto, en nombre de la eficacia. Con este razonamiento el PT empezó a considerar que lo "progresista" era acordar con el FMI y mantener la política "neoliberal" de Fernando Henrique Cardoso. Estamos asistiendo ahora a esta aberración y a un gobierno que pasó a ser el ideal de Ricardo Lopez Murphy.

¿Cómo se mediría si el gobierno de Duhalde fue eficaz?. Si uno toma en cuenta lo que en el imaginario popular se llama política entreguista - la fuga de capitales, el pago de capital financiero, la contrapartida de empobrecimiento popular, etc.-, la administración actual ha sido la más entreguista grande toda la historia. Peor que la de Carlos Menem y peor que la de la Alianza. ¿Por qué? Porque en la época del menemismo y en la época de la Alianza la fuga de capitales y los pagos que se hicieron al capital financiero tenían como contrapartida nuevos créditos. Naturalmente el crecimiento de la deuda nos llevaba a una situación explosiva, pero por cada dólar que salía había otro dólar que entraba. Este año se ha quebrado el récord histórico de que un saldo comercial enorme, más las reservas acumuladas por un país quebrado, un total del orden de los 20.000 millones de dólares; esto en medio de un panorama de miseria que no necesito describir. La Universidad, para tomar un caso ha sufrido ahora, con Eduardo Duhalde, el recorte que no pudo hacer Ricardo López Murphy en el 2002. Basta comparar la cifra del presupuesto del año 2003 con la de 2001 para verificar que, simplemente por efecto de la inflación, se ha reducido alrededor de 40%. Entonces ¿cómo podemos hablar de eficacia del gobierno del PJ?

Un comentario final con relación a algo que pareciera la clase de problemas que en mi opinión, desde el ámbito de la intelectualidad, se complican más de lo que debieran. No hay ningún problema de financiamiento del estado. Si se elimina el subsidio a los confiscadores, si se elimina la enorme cantidad de prebendas otorgadas a los bancos y grande grupos económicos, se acabó el llamado problema fiscal. Inclusive hay estudios hechos ahora, que para salir del problema que se mencionó acá de la deuda, en la órbita de las relaciones sociales vigentes habría que confiscar otra vez algo así como 4% del PBI anual, entre 5.000 y 7.500 millones de dólares, para hacer un *roll over* que permita resolver el tema del *default*, de acuerdo a la escala de esa necesidad de dólares que serán comprados con recursos fiscales, que ocuparán prácticamente 30, 40 ó 50 % del presupuesto público. Claro, así sí tenemos un enorme problema fiscal. Es más de lo mismo, es la pura lógica de la sin salida de la economía capitalista. Un sistema social agotado. De otro modo, ¿cómo es posible que este país, que produce alimentos para 300 millones de habitantes – y dije actualizado por la guerra de Irak porque tiene la tercer reserva hídrica del mundo – esté como esté? Es sólo por un problema de orden social.

Marcos Novaro: Me parece que el comentario que hacía Rieznik recién sobre lo que había dicho yo, no responde a una diferencia metodológica. No creo que deba sorprenderse por esa diferencia ni atribuirla a cuestiones metodológicas cuando en realidad es una diferencia claramente ideológica. Rieznik propugna un tipo de solución socialista de la crisis y yo no, yo creo que la única solución que tiene este país es que funcione bien el capitalismo, porque más allá del capitalismo no hay nada, está el desierto. Y para que funcione bien el capitalismo tienen que suceder ciertas cosas que no están sucediendo.

Hay que ver quiénes son los que pueden hacer que esas cosas sucedan, y me parece en ese sentido que tiene poco de discutible la notable eficacia del

Partido Peronista para gobernar, respecto de otras alternativas que hemos tenido y que no han tenido esa eficacia. Es claro que eso responde a distintos motivos, y es cierto que uno puede tratar de que esas cosas cambien, pero no puede dejar de advertir que ese es un problema presente y es un problema que vamos a tener en el futuro y por bastante tiempo. Yo volvería sobre esta cuestión de los partidos y del agotamiento o no de los partidos políticos, me parece que lo que hay que tener en cuenta es algo que decía Dora al comienzo, la enorme mayoría de la gente va a votar: candidatos peronistas o semi radicales, que de una forma u otra forma van a tender a formar algún tipo de coalición para gobernar y algún tipo de coalición para hacer oposición.

Esta situación puede parecerse bastante a situaciones que ya hemos vivido, es muy probable que los cambios en el terreno de la vida política no sean muy grandes, y que algunas de las dificultades que ya conocimos sigan presentes y aún estén agravadas. Y me parece entonces que hay que prepararse para un largo período donde las dificultades van a ser más o menos las mismas que ya conocimos.

Y un último comentario sobre el tema de Lula Da Silva. Yo no creo que Lula haya sacado ninguna conclusión del caso argentino, me parece que Lula sacó muchas conclusiones del caso brasileño, y las fue sacando a lo largo de los años, no durante los últimos meses, y es interesante volver sobre el caso brasileño, porque durante cierto tiempo después de la elección y en las semanas iniciales hubo cierta euforia local respecto de lo que podía llegar a hacer Lula.

Afortunadamente Lula no intentó hacer nada de eso que despertaba tanta euforia en la izquierda local, y está haciendo algo que es bastante razonable, y yo espero que le vaya bien, creo que buena parte de los socialistas brasileños también esperan que le vaya bien, teniendo en cuenta que las vías que existen en este momento para países como los nuestros, de América Latina, que tienen graves dificultades de crecimiento, de endeudamiento, de gobernabilidad, tal vez exigen una reducción muy grande de las expectativas a evitar daños mayores. Yo creo que va a ser muy difícil para Lula tener éxito, y probablemente sea aún más difícil para Lula y el PT demostrar que teniendo éxito han logrado algo que vale la pena, que es evitar daños mayores. Que es algo que enfrentan muchas veces los gobiernos. Para la crítica es muy fácil decir que traicionaron las promesas, pero en verdad lo que tienen que probar los políticos es que han hecho las cosas de un modo de evitar daños que efectivamente podían producirse. Y en ese sentido creo que al menos algunos gobiernos argentinos también han tenido exitosos resultados. Por eso yo creo que, dentro de todo, el gobierno de Eduardo Duhalde no ha hecho las cosas tan mal.

Dora Orlansky: Hay muchas puntas sobre las discusiones posibles. Una es la cuestión de los recursos. Durante muchos años, el estado argentino no ha recaudado los recursos de una manera equitativa, aumentando por eso la desigualdad en la distribución. Y esto tiene que ver con el modo de su financiamiento. Hemos sido condenados al endeudamiento por muy malas gestiones de gobierno, que son exitistas mientras ocurre la afluencia de los recursos, y que luego conducen a la ciclotimia de la pobreza. Se puede

demostrar que la situación - que ahora se vive de una manera muy dramática- se ha repetido por lo menos desde los años ´40.

Otro tema que alguna vez habría que desarrollar es el de la eficacia en política. No sé si habría un consenso universal en aceptar que en política la eficacia de gobierno consista en que "las cosas funcionen", no importa muy bien cómo. Se dice que las gestiones justicialistas lo logran. Me preocupa en vistas al futuro. A un futuro posible. Porque a pesar de todo, no creo en que la única solución sea el apocalipsis y el surgimiento del socialismo por la crisis total del capitalismo. En mi opinión, hay problemas políticos, económicos y sociales que sí se pueden resolver dentro del modo de producción capitalista.

Pero la sensación de falta de integridad que se permite la política argentina, me parece muy característica de la política argentina; no importa cómo, no importa que las cosas se resuelvan con clientelismo si a través del mismo se consigue la paz social. Creo que hay algo que es necesario sincerar. Me refiero a la discusión sobre la eficacia, como la capacidad de mantenerse en el poder, de asegurarse la permanencia. Tengo una reserva moral sobre esta cuestión. No puedo admirar esa eficacia. Es lo que discutiría a fondo; alguna vez habría que discutirlo. ¿Qué quiere decir que el gobierno de Eduardo Duhalde lo está haciendo bien, si es una habilidad que depende de condiciones dudosas?

Marcos Novaro: A mí no me parece que haya que hacer objeciones morales, porque estoy tratando de describir un proceso donde hay distintas alternativas y finalmente se produce una contención de la crisis por la movilización de ciertos recursos políticos por parte del Peronismo, y eso no supone en juicio de valor respecto si es bueno el modo en que se hacen las cosas, sino que una de las responsabilidades de los actores políticos es tratar de gobernar. Hay actores políticos que lo logran y otros que no lo logran. Eso en cierto sentido es un juicio de valor de la eficacia de los actores políticos, está limitado a eso. Uno puede agregar una visión crítica respecto de distintos modos de gobierno, y ahí sí entonces la discusión es otra y no ya sobre la eficacia en términos de gobernabilidad sino en términos de la calidad institucional, pero creo que no estábamos discutiendo eso. Yo agregaría que durante cierto tiempo muchos nos convencimos de que se podía tener eficacia con otras fórmulas de gobierno, y se trató de conformar una coalición que iba a gobernar de un modo más responsable de lo que lo había hecho el Peronismo en los ´90. Descubrimos finalmente que no solamente no tenía eficacia para gobernar sino que en gran medida recurría a los mecanismos tan poco transparentes y moralmente indefendibles como los utilizados por el Peronismo. Entonces sí hay una diferencia entre la eficacia y la no-eficacia, y sí hay una diferencia entre los enunciados morales y lo que son las prácticas políticas reales.

Un plano de discusión es el de la eficacia gubernativa y otro el de las formas de gobierno. Esos son planos diferentes, hay que reconocer las diferencias y que los dos tienen importancia. Hay quienes saben gobernar y quienes no saben gobernar, y hay quienes además de no saber gobernar lo intentan de mal modo. Nosotros tuvimos experiencias de los dos tipos, creo que merece crédito aquel que por lo menos hace las cosas, merece crédito por

lo menos en eso. Porque en Argentina si no hubiera existido un actor político como el peronismo, capaz de contener la crisis las cosas habrían sido peores. La experiencia de Perú, de Venezuela, de otros países, muestran cómo esas cosas pueden ser aún peores. Creo que al peronismo hay que reconocerle por lo menos eso, porque si no, uno no entiende por qué van a seguir gobernando durante veinte o treinta años. Yo no creo que el problema sea el clientelismo. En cierto sentido es una educación política. Una buena parte de la sociedad entiende que el peronismo es un recurso de gobierno, y entiende que otros actores no lo han sido. Por lo tanto actúa en consecuencia.

Pablo Rieznik: Simplemente quiero agregar una nota final a esto, la eficacia remitida a una suerte de racionalidad entre medios y fines que gira en el vacío me parece que es un debate sin horizontes. Finalmente Eduardo Duhalde puede haber hecho cosas peores que la gestión anterior y no fue volteado como en diciembre de 2001, porque tuvo la habilidad, entre comillas, de darle \$150 a dos millones y pico de personas y eso lo tornaría más eficaz, lo haría encarnar una gobernabilidad que sus antecesores no supieron mantener. Definida en esos términos no me interesa. Pero eso me sirve como introducción a un problema de método. Yo creo que no se puede zanjar un debate diciendo "bueno, pero partimos de marcos ideológicos diferentes". Marcos me señala: "yo soy partidario de la solución capitalista y Pablo Rieznik de la solución socialista". Pero, el que plantee una salida capitalista tiene que ver en qué forma se resuelven los problemas fundamentales de la población y con qué alcance. Por ejemplo, Lula dijo –y van a ver los planos del análisis– que su meta era dar de comer - desayuno, almuerzo y cena - a no sé cuántos millones de brasileños. Es partidario de un capitalismo bueno, si se lo puede plantear así como Marcos. Pero si Lula sigue con la política que hasta cierto punto aquí ha sido tachada de eficaz, no van a desayunar, no van a almorzar y no van a cenar. ¿Qué capitalismo sano puede establecerse en los términos de un programa del FMI?

En otro plano se puede agregar todavía algo más. Frente a un panorama del mundo donde en Brasil se desarrolla una subespecie humana, fruto de la desnutrición y la pobreza llevada a extremos inauditos, uno parece tener que rendirse ante la evidencia de una promesa casi revolucionaria. Pero, al mismo tiempo, que en el siglo XXI, a 30 años del hombre llegado a la Luna, con la informática y la robótica, la humanidad se proponga como *desideratum* que se coma... Aún siendo loable que se logre ¿no podemos ser, incluyendo a la Universidad, un poquito más escatológicos, en el buen sentido de la palabra? ¿Qué contestamos? Hago mención a esto porque creo que más allá de las diferencias ideológicas lo que no hay en la vida intelectual es una comprensión adecuada de lo que es el agotamiento histórico de una relación social, que produce este tipo de cosas que señalo. ¿Por qué no podemos ser más profanos? El gobierno de Eduardo Duhalde le da \$150 a los desocupados, y le da 100 millones por mes de subsidios a las empresas de transportes, 120 millones por año, entre la tercera parte y la mitad de lo que exige que la gente desayune, porque convengamos que con \$150 desayunar, almorzar y cenar es muy difícil. Me parece que la discusión es posible, no debe ser eliminada en razón de divergencias ideológicas.

No quería concluir sin mencionar que me inscribo entre aquellos que nunca vieron con entusiasmo lo que el diario derechista *O Estado de Sao Paulo* calificó de metamorfosis del PT. Entonces, para hacer un aporte conceptual, quiero decir que el de Lula no es un gobierno del PT. Lula llegó al gobierno, pero llegó como gobierno de las fuerzas tradicionales de Brasil, cosa que se prueba en el hecho de que el núcleo duro del gabinete son elementos de Fernando Henrique Cardoso junto a un neoliberal del PT en el Ministerio de Economía. El Banco Central, el Ministerio de Industria, el Ministerio de Agricultura, están en manos de representantes del gran capital, incluso algunos resultaron electos en la lista de Fernando Henrique Cardoso.

Dora Orlansky: estoy segura que la experiencia de Lula es una experiencia ilustrativa para la Argentina, a pesar de los desacuerdos que tengamos en esta mesa. Creo que a partir del día 25 de mayo (día en que asuma el nuevo gobierno) nadie puede dejar a un lado la experiencia de Brasil. Es cierto, tiene una heterogeneidad en su clase política dirigente muy evidente, explícita y las decisiones que ha tomado han sorprendido a muchos, a ambos lados del espectro político, en cuanto a la política interna, la política internacional, las decisiones económicas. No sabemos qué suerte tendrá. Pero sería hasta ahora a tomar en cuenta para nuestro gobierno próximo.

Pienso que los cambios son también el resultado del aprendizaje. Es más, ahí pongo un punto de diferencia: no invoco la necesidad de que una utopía reemplace a otra, que sea necesario el derrumbe y la crisis para provocar un cambio. Creo que la gente aprende, y que hay formas diferentes de cambio. Creo que los aprendizajes son procesos inexorables que ocurren a pesar de los modelos que sostengamos.

Pablo Rieznik: quiero tomar la referencia que hizo recién Dora para aclarar algo que si fuera malentendido me pondría muy incómodo. Yo no soy partidario de que cuanto peor, mejor. Mi referencia al derrumbe y al cambio tiene otra connotación que habría que desarrollarla. Hay una tendencia a catástrofes civilizatorias que está inscripta en las tendencias y en las leyes del mundo en que vivimos. Y evidentemente como en el hombre hay capacidad de aprendizaje yo espero que las lecciones de esto sean procesadas lo más rápidamente posible, pero sirve para una conclusión final sobre la crisis: a mí me parece que la distancia que hay entre el elemento objetivo del derrumbe y la capacidad humana, subjetiva, de superarlo, es muy grande. Si no, viviésemos en un mundo de ilusión. La tarea humana también es tratar de achicar como sea esas distancias, a riesgo de que –como estas elecciones lo van a probar– nos arrastremos en la reiteración.

Dora Orlansky: otra cosa que también quería señalar – y que sería motivo de otra discusión— es si hemos pensado alguna vez en la relación entre el PJ y el PRI mejicano. Y, por lo tanto, en cuáles serían los distintos mecanismos, los distintos dispositivos a través de los cuales se logra esa eficacia para constituirse en el partido gobernante hegemónico. Ya durante el primer gobierno de Menem se podía atisbar un destino similar. Si bien después hubo renovación del partido de gobierno en México, lo cierto es que en la

actualidad convendría repasar la comparación del Justicialismo con la tendencia histórica del PRI en el poder.

Marcos Novaro: A mí me parece que una de las cosas que habría que pensar de aquí en más es el modo en que se reflexiona sobre la experiencia argentina de estas dos décadas de democracia, que me parece que va a ser una de las tareas durante los próximos años para los científicos sociales en general, va a haber una discusión muy profunda sobre el pasado reciente a la luz de las experiencias inmediatas. Eso puede ser provechoso, también puede ser un poco engañoso, porque una de las primeras reacciones que se advierten es que a partir de la crisis del consenso predominante, se produce una crisis del *establishment* académico –aunque, pensándolo mejor, no lo llamaría *establishment*, porque es difícil hablar de *establishment* académico en un país donde la academia no existe como corporación–.

Hay una crisis del consenso que predominó en la intelectualidad y en las ciencias sociales, desde 1983 en adelante, que fue un consenso en cierta medida muy provechoso, porque permitió reelaborar la experiencia de la dictadura y comprender muchas de las dificultades que tenía la nueva democracia, un consenso también en gran medida autoengañoso, en el sentido de que muchas de las novedades que traía la democracia se exageraron y muchas de las dificultades no se comprendieron en forma acabada. Entonces de la crisis de ese consenso ha resultado una versión tal vez más simplista todavía, y es que tenemos que empezar de nuevo, que el 2001 tiene que ser el fin de una especie de ilusión engañosa que fue la transición democrática, y que es posible empezar de nuevo criticando en bloque todo lo que ha sido la historia argentina ya no desde el 83 en adelante sino desde el 76 en adelante, que ha habido un cuarto de siglo signado por el neoliberalismo, y que entonces ahora hay que criticar ese pensamiento y empezar de cero, con un nuevo proyecto de país. Creo que esto es extremadamente simplista y que sería un grave error pedirle a la democracia argentina que funde una nueva sociedad, que funde una nueva economía. Sería una tarea imposible para la democracia y traería una inflación de demandas que difícilmente va a contribuir a cambios progresivos. Mucho más va a contribuir a frustraciones. Me parece que el problema es de nuevo elaborar algún tipo de consenso más moderado, más reformista, sobre todo menos exagerado en términos de expectativas respecto de lo que es posible hacer, y para eso creo que todavía muchos de los elementos del consenso del '83 son útiles.

Protesta social

Conversaciones entre Rolando Astarita, Norma Giarracca, Inés Izaguirre y Germán Pérez

Bajo el título "Protesta social" el comité editorial de **Argumentos** convocó a los investigadores Inés Izaguirre, Norma Giarracca, Germán Pérez y Rolando Astarita a intercambiar opiniones en relación con los ´adelantos de notas` que cada uno había escrito por expreso pedido del Comité sobre este tema. Las *conversaciones* se desarrollaron el día miércoles 2 de abril de 2003 en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Los ´adelantos de notas` que sirvieron como elemento disparador para la discusión crítica, están incluidos en el 1er. número de **Argumentos**. Ellos son: "Algunos ejes teórico - metodológicos en el estudio del conflicto social" de Inés Izaguirre; "Argentina 1991-2001. Una década de protesta que finaliza en un comienzo. La mirada desde el país interior" de Norma Giarracca; "Modelo para armar: complejidad y perspectivas de la protesta social en la Argentina reciente" de Germán Pérez e "Interpretaciones alternativas sobre el 20 de diciembre en Argentina" de Rolando Astarita.

Las siguientes Conversaciones constaron, en este caso, de dos partes: en la primera, cada uno de los investigadores realizó una lectura crítica y señaló diferencias en relación con los ´adelantos de notas` de sus colegas y, en la segunda, a partir de un diálogo menos pautado, se intercambiaron puntos en común, objeciones, defensas y críticas.

Inés Izaguirre. Una de las cosas que me gustó de este grupo que investiga la protesta, es que nadie niega la existencia de las clases, cosa que sí ocurre entre los participantes de las conversaciones anteriores, desarrolladas en el Número 1 de **Argumentos**, sobre el tema "Asincronía entre movimiento social y movimiento político" y realmente me llamó la atención. Creo que hay pocos observables más nítidos en la sociedad actual.

El trabajo de Norma Giarracca me parece importante porque es un aporte sobre la protesta vista en ciertos sectores que no son habitualmente trabajados por nosotros. En ese sentido, creo que hay que hacer una advertencia: muchos de esos actores que vos, Norma, ubicás en el interior, eran urbanos. Cuando se privatizaron sus empresas, terminaron viviendo en los márgenes, y tienen que salir como absolutamente desposeídos a cortar la ruta. Pero es importante analizarlos, porque en un país cuya fuente de riqueza es el campo, se trabaja y se registra poco lo que pasa en el campo. Por ejemplo en los lugares más castigados –como puede ser el movimiento de mujeres en la provincia de Buenos Aires, a raíz además de los desastres ecológicos que se han producido– o en el caso de Santiago del Estero –donde prácticamente hay un sistema feudal– los campesinos salieron y armaron un movimiento importante. También reivindicando las luchas de los '70, en estos casos incorporan el presente a lo que eran sus propias tradiciones.

En el trabajo de Germán Pérez encuentro un señalamiento que comparto acerca de la crisis del sistema de legitimidad. Y además me parece interesante

esta vinculación con la pérdida de la clasificación y del modo de vida del asalariado. Hay una cantidad de relaciones sociales que tienen que ver con el ámbito colectivo de trabajo. Y cuando se carece de esa experiencia tenemos que pararnos a estudiar qué es lo que está pasando con la gente. Es una situación nueva, casi a nivel etnográfico. Es muy interesante el señalamiento de que el modelo asambleario tal vez que no tenga los efectos que mucha militancia de izquierda intentaba atribuirle. Pero es cierto también que muchas de las decisiones que han dado lugar a conflictos posteriores al 19 y 20 de diciembre de 2001, se gestan en asambleas. Por ejemplo en los movimientos de desocupados, pero también en algunas poblaciones: recuerdo hace unos meses la sublevación del pueblo Las Catonas contra la policía, que se gestó en una asamblea de los pobladores, contra un depósito y desarmadero de automotores que tenía la policía, donde traían autos robados, los reciclaban y luego los vendían. Y la gente sabiendo eso se levanta y quema el depósito de la policía. Esto se había decidido en una asamblea del pueblo. Las Catonas – que es un pueblito que casi no está en el mapa– está acá cerca, por Moreno, y realmente me pareció un efecto muy interesante y que de cierta forma contradice a las observaciones que hizo Rolando Astarita.

No obstante es cierto que el efecto del modelo asambleario es mucho menos nítido y menos frecuente que lo que uno desearía. Que hay un efecto de demostración que se va deshinchando a medida que nos alejamos del 19 y 20 de diciembre. Pero creo que en los movimientos de desocupados permanece, y en algunas asambleas de esta ciudad también.

Ahora, diría que analizando los datos de diciembre de 2001, no hubo sólo desobediencia civil sino que hubo otras formas también, y que tienen que ver con la fracción social que está presionando o se siente confiscada en un derecho. Es cierto que la clase obrera como clase, como conjunto, no hizo una demanda ni dio una pelea, no se hizo presente en cuanto clase, pero sí diversas fracciones. El movimiento de trabajadores desocupados forma parte de la clase obrera, y ha sido uno de los protagonistas importantes de diciembre de 2001. Una de las cosas que me llamó mucho la atención –todavía no la tenemos analizada– es que todo se viene preparando y que se ve bien en el gráfico. [Nota del editor: muestra un gráfico de los hechos del mes de diciembre de 2001 construido sobre la base de las noticias de los diarios nacionales, que diferencia los hechos o medidas del régimen/gobierno versus los hechos del campo popular]

Es que uno podría decir que el 19 y 20 empieza el día 12 (diciembre), antes del paro. No obstante hasta el 19 no ocurre este fenómeno que es absolutamente nuevo: que la gente deja de lado sus identidades previas. Se convoca a la gente que va con carteles o pancartas a que los dejen de lado, y este es un hecho original, hay una necesidad de ruptura de esas identidades previas. No sé a quién se le ocurrió eso, pero crea un hecho nuevo. Como si una masa de la población dijera: -- Todo el pueblo, con sus diferencias, estamos rechazando este sistema económico y político. Que se vayan todos....

“Que se vayan todos” es efectivamente una expresión muy limitada, pero radical. Es fundamentalmente afectiva, no racional, expresa un estado de ánimo. A mí me llama la atención esto, me llamó la atención profundamente esta ruptura con las identidades previas. Que después lentamente se va

retomando, porque es imposible que las personas nieguen su historia para siempre. Esto es así.

Norma Giarracca. Quiero decir una cosa. Yo hablaba de ´ruptura`. Los antropólogos me dijeron ´suspensión`, porque efectivamente después la gente vuelve a reubicarse en distintas posiciones: desocupados, ahorristas, piqueteros, etc.

Inés Izaguirre. Y antes también, porque en el paro del 12 y 13 hay mucha gente, todos con sus pancartas. Esa ruptura, o suspensión, es un hecho extraordinario. Otra cosa que me llamó mucho la atención sobre el 19 y 20 fue –y no sé si no está vinculado a este proceso de dejar de lado las identidades previas– la riqueza de los *grafitti*. Yo encontré una alumna del Seminario de Celia Guevara, una muchacha grande, que recorrió las calles del centro de Buenos Aires durante toda la noche del 20 de diciembre fotografiando todos los *grafittis* que se habían escrito. Los había intentado fotografiar de día, y no pudo porque las persianas de los comercios estaban levantadas. Tuvo que ir de noche, cuando otra vez estaban cerradas, para fotografiar la enorme cantidad de *grafittis* que aparecieron. Y vi *grafittis* en Rosario también. Tenían una riqueza y una imaginación como nunca había visto.

El otro tema es la discusión de Rolando Astarita con sus compañeros militantes de la izquierda. Efectivamente también en los grupos de la Facultad al principio se vio esto como un proceso revolucionario. Y en el mundo. A mí me llamó desde París Kostas Vergopoulos, al día siguiente del 20, o el mismo 20, diciendo: - Voy para allá, quiero ver qué está pasando, contáme.

Lo que se veía por los medios, sobre todo televisivos, a la gente la puso realmente sobre ascuas. Yo creo que hubo mucha confusión en ese sentido porque las luchas revolucionarias realmente exigen una preparación previa mucho mayor en todos los grupos participantes. Para que hubiera un 1917 en Rusia tuvo que haber primero un 1905. Ahí empieza a gestarse el proceso revolucionario: cuando el Zar manda a matar a todos los que le van a pedir protección a la plaza, deja miles de muertos. Esa experiencia culmina 12 años después. En el medio hubo toda una preparación, militancia política y organización. Y esto no estaba en nuestro caso. A cada uno el 19 y 20 lo tomó con lo que tenía. Creo que los más preparados eran los movimientos de desocupados. Y algunos pocos sectores como algunos estatales, los motoqueros, las Madres. En general hay un tipo de seguimiento a la dirigencia, y un dejar en manos de esa dirigencia las decisiones políticas y la conducción de un movimiento. Esto es lo que se quiso impedir espontáneamente el 19 y 20.

Norma Giarracca. En otras oportunidades ya había compartido mesas con Inés Izaguirre y Germán Pérez, y también con Rolando Astarita. Y más o menos leyendo los trabajos tuve la misma sensación que tuve escuchándolos personalmente. Me cuesta más entrar en algunos trabajos que en otros. Y básicamente ese entrar en el trabajo tiene que ver con el tipo de enfoque que uno le dio al trabajo, con el tipo de enfoque con el que se viene trabajando. Cuesta mucho meterse en un trabajo con otros enfoques sin cuestionar ese

abordaje. Ese es el problema. Y a mí me parece que en esta discusión no se trata de cuestionar el enfoque, sino que se trata de los resultados del trabajo.

Me cuestan los análisis de las situaciones y los procesos desde enfoques que tienen una base económica fuerte. O sea, me cuesta comprender tanto los trabajos que ven situaciones y procesos que jerarquizan ´el mercado`, y a partir de analizar el mercado explican todo, pero también aquellos que suponen el desarrollo de las fuerzas productivas como elemento fundamental para la determinación de los procesos sociales, y dejan muy poca posibilidad para la acción. Desde esta advertencia, quiero hacer los comentarios. Tal vez para algunos trabajos tenga más comentarios y para otros menos; la razón es que no me parece que sea pertinente ponerse a discutir enfoques; yo respeto los enfoques, creo que en las ciencias sociales conviven paradigmas, y todos son respetables, uno puede decir qué consecuencias tienen unos y otros; pero los esquemas de partida para cualquier análisis, los respeto. Sin embargo, sin un cuestionamiento fuerte del enfoque, es imposible meterse en el trabajo.

En tal sentido encuentro que puedo dialogar en esta brecha que nos deja Inés Izaguirre al poner un lugar para las "luchas democráticas", pues creo que efectivamente el tipo de lucha o de protestas que nosotros estamos registrando se dan, efectivamente, dentro de esta categoría. No conocí ningún campesino ni ninguna "mujer agropecuaria en lucha" (de la agrupación del mismo nombre), que se esté planteando hacer la revolución, que conscientemente diga que quiere hacer la revolución; sino que lo que se están planteando es una acción reivindicativa, de recuperación de derechos, etc. Y esto me parece importante, la acción es la acción de los sujetos, hay sujetos que llevan adelante la acción, y por otro lado el sentido que esos sujetos les dan a sus acciones es lo más importante. Y en general estos sujetos, los sujetos de la acción o de la protesta, en mis estudios del caso, se plantean una democratización de la sociedad, o sea el tener una mejor posición dentro del acceso a los recursos de la sociedad. Incluso como decía Germán Pérez, hasta llegado muy cerca del fin de la década, no se cuestionaban ni siquiera la democracia. Había una valoración muy grande, después de la dictadura, de los procesos democráticos y políticos y no se cuestionaba la democracia; se creía que lo que estaba pasando era básicamente por la acción de algunos sujetos políticos corruptos que no llevaban adelante procesos de democratización.

Después vinieron los distintos cambios de gobiernos con una continuidad de corrupción e influyeron mucho en esto de cuestionar al régimen político más que a los sujetos. Pero creo que básicamente las protestas que están descritas en mi trabajo se inscribirían dentro de las luchas democráticas. Y lo que me llama la atención es que Inés Izaguirre dice: -"Creo que esto es muy importante (la división entre las luchas democráticas y revolucionarias) porque a veces hay confusión entre los analistas y los propios sujetos de la acción".

Quizás sea cierto que hay una serie de intentos políticos de los partidos de izquierda que, como se indican en el trabajo de Rolando Astarita, planteaban cierta orientación revolucionaria del 19 y el 20 de diciembre, pero es muy difícil encontrar luchas de obreros, o luchas de desocupados, que planteen una cuestión revolucionaria. Lo que sí puedo encontrar por ejemplo en la Coordinadora del Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón,

es lo que llaman “cambio social” como un aspecto muy importante de su lucha, con una definición bastante ambigua de lo que entienden por “cambio social”.

Pero en general no aparece la idea de la lucha revolucionaria, y ésta es una de las cosas que marca diferencias entre estas luchas de los '90 con las de los '70, cuando esto estaba mucho más claro; cuando, efectivamente, si uno tomaba los dirigentes de las luchas sociales en general, e incluso las luchas agrarias (algunos dirigentes de las Ligas Agrarias) y analizaba sus inclinaciones políticas, veía que se planteaban la revolución como objetivo de la acción.

Por otro lado, no creo que haya orientaciones que no sean las construidas por los actores. Si ustedes leen mi trabajo, verán que se usa muy poco el pronombre reflexivo, o sea “se generaron”, “se produjeron”, porque desde mi punto de partida epistemológico y metodológico los procesos y situaciones sociales siempre están generados por sujetos. O sea, no hay nada que esté no condicionado socialmente, no hay “indeterminaciones” sociales, no hay nada que se desarrolle al margen de las acciones de los sujetos. Por supuesto que hay tendencias, que son tendencias macroestructurales puestas en juego por los actores económicos de la globalización que están lejos y que no hay posibilidad de modificar sus decisiones, los actores de las protestas rara vez modifican acciones tomadas en tales niveles.

En el caso del trabajo de Germán Pérez, comparto la caracterización del desarrollo económico social de acumulación, comparto las características de la protesta en general; lo que tengo dudas es acerca de las caracterizaciones de aquellos que surgen a partir del 19 y 20 de diciembre. ¿Por qué? Porque considero que hay una serie de acciones nuevas, o resignificadas, a partir del 19 y 20. Efectivamente, antes encontrábamos desocupados, empezaba a surgir el nombre “piquetero”, pero se hablaba de los piqueteros o los fogoneros, ¿te acordás que Adrián Scribano hablaba de piqueteros o fogoneros? Quiero decir, el concepto de “piqueteros” como lo entendemos ahora, es una resignificación a partir del último tiempo; aparece como un movimiento, como un sujeto político y social nuevo, es un fenómeno de este tiempo.

Germán Pérez. Perdón, ¿este tiempo lo ubicás después del 19 y 20 de diciembre?

Norma Giarracca. Después de 2001. Porque en el 2001 estuvieron todas las jornadas de 48 horas, 72 horas, y otras, que se ubicaron en el espacio público nacional, el espacio público de Buenos Aires junto con el interior. Eso efectivamente es un proceso que después aparece como muy claro a partir del 19 y el 20. Son nuevos fenómenos, o resignificación de fenómenos que se venían dando, y me parece que existe apuro por parte del cientista social en nominar. Vos, Germán, lo dijiste muy bien. Hay que nominar. Hay que ponerle nombre a los fenómenos. Pero en verdad estamos en tiempos de “transiciones”, esto no es mío sino de Boaventura De Souza Santos, estamos en transiciones paradigmáticas y también en transiciones políticas, sociales, culturales y económicas, es decir, es un momento de doble pasaje. Me parece que la cuestión de nominar muchas veces nos lleva a encajar lo nuevo en viejos conceptos. Entonces le ponemos viejos conceptos y nos tranquilizamos, como cientistas sociales, pero por otro lado el fenómeno

pierde toda la complejidad y la riqueza que estaba mostrando y que muchas veces nos inquieta. Me da la impresión de que muchas veces nos inquieta más como científicos sociales que como ciudadanos. A veces podemos convivir con esto nuevo como ciudadanos, sobre todo en Argentina, que tenemos mucho *training* para esto, pero nos cuesta como científicos sociales, tenemos que nominar, ponerle conceptos y encajarlos en ciertos lugares.

Un ejemplo sobre el trabajo de Germán Pérez: creo que es muy útil construir tipologías de las asambleas, pero hay que tener cuidado: él por un lado construye el tipo que llama "plebiscitarias, autogestivas", que tendrían como una orientación movimientista, y, por otro, las "vecinales", que se orientarían a una apropiación de la ciudadanía. Yo estoy en una Asamblea Vecinal, la de Coghlan. Sin embargo hay una tensión muy grande cuando se trata la relación con el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, y en general se rechaza todo tipo de relación que tienda a la apropiación por parte de las instituciones de la Ciudad. O sea, hay una tensión, no te digo que esté resuelto. Y por otro lado me tocó ir a dos o tres reuniones de la asamblea del Cid Campeador, por distintas cosas. Y vi que también estaba esa tensión dentro de las asambleas del Cid, que ustedes lo ponen como ejemplo, como paradigma de ese otro tipo (el plebiscitario). Con esto quiero decir que me parece que el movimiento asambleario es una cuestión tan compleja que es difícil poder tipificarlo, nominarlo; cuando queremos ponerlo en una tipología perdemos la complejidad, la riqueza de las novedades y tensiones que se expresan. Yo no digo que no haya que hacerlo, porque para eso somos científicos sociales, pero yo dejaría conceptos mucho más abiertos. Me pasó en la última semana, me dijeron "¿cuál es la posición de las asambleas en relación con las elecciones?" Alicia Entel me dijo que escribiera algo. Y revisé las cosas de las asambleas que tengo en mi computadora, pero evidentemente estoy mucho más influida por mi propia asamblea, y planteé una cuestión de mucha tensión, que hay gente que quiere votar y gente que quiere llevar hasta las últimas consecuencias el "que se vayan todos".

Al día siguiente salió un artículo de Irina Hauser en Página/12, donde dice "ninguna asamblea quiere votar". Y las dos cosas son ciertas pues yo lo veía desde un lugar y ella desde otro. Entonces a mí me parece que la cuestión es tan compleja, que lo que se puede hallar, básicamente, son pequeños consensos que pueden dar lugar a muchas situaciones con sentido, pero que son construcciones muy precarias y que no habilitan generalizaciones. Porque estamos en una etapa de transición.

En relación con el trabajo de Rolando Astarita me gustaría decir dos cosas. Primero que si llevara hasta las últimas consecuencias lo que él sostiene en relación con los asalariados –que solo a través de sus condiciones puedo medir las características de una situación, tomando el salario como uno de los elementos claves–, uno podría concluir en aseveraciones paradójales. Por ejemplo, revisando los datos, efectivamente los asalariados estaban mejor con José Alfredo Martínez de Hoz, o sea, en esos tiempos de ominosa dictadura había menos desocupación y el salario era mayor.

En segundo lugar, desde un punto de vista de la economía, por un lado están aquellos registros de los procesos económicos (variables macro y microeconómicas) por otro lado también hay una cultura que instala

determinados consensos acerca de la economía. Y creo, como muchos otros, que el consenso del neoliberalismo tal cual lo entendimos en los '80 y los '90, se rompió. Por eso un ex director del Banco Mundial puede salir a decir las cosas que dice, y a publicar los libros que publica, y además se está nombrando de nuevo a Keynes. Y a mí me parece que las dos cosas son importantes. Puedo tomar el avance de las empresas transnacionales, el monto de las tarifas públicas, etc., pero también me parece importante, por lo menos desde la sociología, tomar aquello que uno puede notar en cambios de sentidos, cambios culturales. Y ahí también se evidencia una crisis del liberalismo.

Germán Pérez: Primero una cuestión de enfoque teórico-metodológico, o epistemológico: efectivamente, estoy de acuerdo con Norma Giarracca en que hay un enfoque que podríamos llamar “de la lucha de clases”, y otro que es el nuestro, que tiene más relación con la sociología de la acción colectiva. Si se quiere de una procedencia más weberiana. Sin desconocer la existencia efectiva de ciertas condiciones materiales. Pero la clave está en la relevancia de la lucha política, estrictamente, para la transformación del orden social. Eso es lo que no terminamos de ubicar como registro; ponernos de acuerdo en si efectivamente se trata de un mero epifenómeno, de ciertas determinaciones materiales, o si entendiendo la política como la construcción de representaciones y disposiciones a la acción, a partir de ese plano se puede efectivamente transformar el orden social, en términos de procesos de legitimación, integración, relaciones de poder efectivas. Lo entiendo de este modo, no considero que ninguna protesta social, que es la unidad de análisis con la que trabajamos, pueda definirse y trabajarse a partir de determinaciones causales, ni políticas, ni económicas, ni de ningún tipo.

Justamente la misma protesta es una forma de acción que se construye en y a través de esa práctica. Y que por lo tanto debe ser entendida en tanto proceso. Y en esto no soy nada original, si tomamos dos conceptos, como el de *habitus* de Bourdieu o el de *estrategia* de Foucault, vemos que operan en la misma dinámica, indagan en la misma relación. Trabajando esas mediaciones, no instalándose en una relación de determinación causal. Es lo que Inés Izaguirre abre en las relaciones de lucha democrática. Pero en tu texto, Inés, hay una parte que me llamó la atención, cuando aparece “divergencias entre acciones objetivas y subjetividades que las llevan a cabo”. Esta cuestión de acciones objetivas es algo que para la concepción a la que Norma Giarracca y yo suscribimos es muy difícil de pensar. Las acciones son todas, en todo caso, intersubjetivas. Si nos ponemos de acuerdo que trabajamos mediaciones, no determinaciones.

Hecha esta aclaración, tengo algunos comentarios para abrir la discusión. El tema de las luchas democráticas me interesa a mí también, que es el terreno donde estamos pudiendo discutir contigo, Norma, el terreno común. Tengo entonces una pregunta para Inés: ¿en qué medida lo que llamás luchas democráticas significa luchas burguesas, en el sentido tradicional de la palabra, y en qué medida luchas democráticas, lo entendés en un sentido más vinculado a la búsqueda de generar condiciones de equidad en la toma de decisiones, sean institucionales o no institucionales, por ejemplo, el modelo

asambleario del que venimos hablando, y que podría crear también transformaciones del orden material, simbólico, y en relaciones de poder en un sentido más general? Porque por ahí me parece que luchas democráticas desde un enfoque marxista más ortodoxo, se puede entender como luchas burguesas, y me parece que no es la posición que vos, Inés, tenés estrictamente. Entiendo que luchas democráticas para vos significa algo mucho más fuerte, más importante que eso. Si son luchas democráticas las protestas de las que estamos tratando de dar cuenta, y yo creo que lo son, efectivamente es muy temprano para decir que esto efectivamente fracasó, triunfó, para ser muy optimista o muy escéptico.

Un comentario a Rolando Astarita. Si bien en las cuestiones centrales el régimen de acumulación se ha ido intensificando más que transformando en términos de concentración del ingreso, precarización del trabajo, devaluación de los salarios... me parece que hay una serie de cuestiones, de indicadores políticos, si aceptamos que también este orden de lo político en el plano de las luchas democráticas puede generar transformaciones materiales, simbólicas, y en las relaciones de poder generales, que son importantes. Por ejemplo, el modelo del sindicalismo argentino se ha reconfigurado en los '90 de una manera muy profunda e irreversible. Tenemos otro sindicalismo, un sindicalismo renovador que está discutiendo efectivamente el lanzamiento de un movimiento político, social y cultural, como se lo llama. En el Congreso de la CTA de diciembre, donde estuve, se discutía si tenía que tener un lenguaje de clase. Esta era una discusión política central, si tenía que tener un discurso de clase y cómo articular nuevas formas de lucha policlasista diferentes a las que encarnó el sindicalismo peronista. Otra cosa, virtual desaparición del incierto bipartidismo argentino, el Radicalismo ha desaparecido prácticamente, un partido centenario, que ha sido siempre la representación de la forma más pura de la ciudadanía argentina, ha desaparecido en luchas fratricidas entre grupos, no pudiendo resolver una interna. Claro, también la desarticulación del Peronismo, otra cosa importante que no hemos discutido, cómo han recuperado estos nuevos actores sociales, me refiero principalmente a los propios desocupados, justamente la herencia de la tradición peronista.

Hay una dificultad seria dentro de los propios movimientos para integrarse a la complejidad de ese relato. Que puede ser por un lado el de la resistencia, pero también es el de la comunidad organizada, el de la autonomía de la clase obrera, pero también el del estado prebendario, benefactor, social, distribucionista, etc. Los distintos actores que se van incorporando a estos colectivos, que tienen trayectorias muy disímiles –obreros industriales, campesinos, chacareros, jóvenes sin experiencia de sindicalización previa, militantes de izquierda, etc.– están todavía formando su propio relato, están construyendo su identidad en función de pertenecer a una misma historia. No es fácil pertenecer a una misma historia, es algo que se hace políticamente, se hace en la acción. Y para poder desarrollar una estrategia hay que pertenecer a la misma historia, hay que tener una procedencia común. Si no se puede tener una historia común no se puede armar una estrategia, porque no hay todavía un colectivo político. En ese sentido hay que dar tiempo, ese proceso se está efectivamente construyendo.

Mi experiencia en el Congreso de la CTA me permitió ver que se produjeron conflictos muy serios acerca de cómo se interpreta la procedencia o la tradición del peronismo de la que la gran mayoría reconoce venir. Y eso es como ellos lo denominan, una construcción política, y efectivamente requiere de una deliberación, en el sentido de Hannah Arendt, que no presuponga una verdad sino que se entienda como algo que va a revelarse en la propia dinámica de la discusión, algo a ser realizado, no algo a ser descubierto.

Otra cosa que me interesa preguntarte, Rolando, es por qué hay en tu texto una concepción acerca de la incapacidad política de los movimientos sociales, en la medida en que no hay protagonismo de clase en la lucha, y, sin embargo, hay una concepción monolítica del capital, como si el capital no tuviera fracciones, no tuviera contradicciones ni conflictos. Me parece que ahora con la guerra de Irak, con la desarticulación de la ONU, un proceso incipiente de crisis de las principales economías del mundo se está manifestando. Es decir, hay en tu trabajo, Rolando, una idea monolítica del capital y una idea fragmentada, desestructurada, de la resistencia.

Y finalmente, con Norma Giarracca discutimos siempre las mismas cosas debido a la afinidad de nuestros enfoques teóricos y metodológicos acerca de la protesta social, pero no lo hemos hecho todavía en **Argumentos**. Estoy de acuerdo con vos acerca de nuestra relativa rigidez en la clasificación de las asambleas, nuestra tipificación, nominación... Es cierto, pero la pretensión de ese trabajo es la de construir, partiendo del más endeble de los abordajes metodológicos, que es una casuística, ciertos rasgos típicos que permitan interpretar esto que está sucediendo ahora con la movilización social de los sectores medios urbanos post 19 y 20. Si rinde para eso este trabajo va a ser exitoso [Nota del editor: se refiere al trabajo "Modelos de asamblea: entre el autogobierno y la representación" presentado en las V Jornadas de Sociología en noviembre de 2002 cuya autoría comparte con Martín Armelino y Federico Rossi].

Para generar interrogantes y líneas de interpretación, que es para lo que sirve un tipo ideal. Y después, respecto del trabajo tuyo, Norma, a mí me gusta siempre discutir el tema del autonomismo. Yo sé que vos tenés una posición más cercana a los movimientos autonomistas que la que tengo yo, que asumo cierto escepticismo respecto de la prosperidad política de las posiciones autonomistas. Porque en realidad vos hablás en el trabajo de una falla en el sistema representativo, el 19 y el 20 de diciembre. Y mi idea es que el sistema representativo es en sí mismo constitutivamente fallado, lo que desaparece es esto último, un modo de resolver esa falla, como proceso de legitimación. Que esa forma de legitimación neoliberal de personalismo delegativo desaparezca, lo que también aparece en el trabajo de Rolando Astarita como el chantaje del mercado, la apelación al reconocimiento social a través de la interpelación como consumidor, hace que se suspendan las seguridades, por eso aparece esa sensación el 19 y 20 de suspensión, althusserianamente, de las interpelaciones: nadie se siente reconocido, más que como "el que protesta", "el que se opone". Pero de ahí a concluir que el sistema de representación política puede ser superada por otra forma de gestión del conflicto, ese es un paso arriesgado. Creo que la representación política puede ser resignificada - de una manera más participativa - controlada y republicana, y mucho más fructífera y emancipatoria. Pero condenar la

representación política como una forma que pueda ser superada por algún tipo de autonomía, o no retomar la discusión acerca del estado y las instituciones públicas, una discusión central del debate ciudadano, en algún sentido hace el juego al discurso globalizador. Porque la relación directa entre la experiencia política local y las formas de subordinación al capital trasnacional, lo que hace es suprimir al estado del medio: exactamente lo mismo que hace el discurso globalizador. Decir “no hay más estado nacional, no discutan más el estado nacional, no existe más. Ahora existen capitales y existen fenómenos locales”. Producción local situada y trasnacionalizada, y entonces no se discute más el estado nacional. Por lo tanto no se discute la política en términos de ciudadanía activa. Porque la ciudadanía es una construcción moderna que es co-extensiva al afianzamiento de los estados nacionales.

Y una última cosa: hay una parte de tu trabajo, Rolando, donde decís que cierto progresismo, curiosamente, sostiene argumentos que son compatibles con los argumentos del neoliberalismo cuando reivindica la autonomía del individuo, la libertad de conciencia, etc., que no es otra cosa que el individuo que reivindica el neoliberalismo como participante del mercado. No estoy tan de acuerdo con eso, porque no es ese individuo el que se está reivindicando, no es un individuo ahistórico como el del liberalismo. Se reivindica durante toda la protesta una autonomía de un individuo respecto de ciertas redes clientelares, y formas políticas perversas, un individuo que se considera participante de la historia, en un país donde diversos proyectos sociales han constituido esas individualidades, es un individuo históricamente constituido, no es el tipo que dice “lo único que quiero es que me dejen tranquilo para poder ser un consumidor y acumulador de capital”. No, dice “quiero que se me respeten protecciones que se han ganado con la lucha”. Esa es la impresión que me dio.

Rolando Astarita: Creo que en una charla no nos vamos a poner de acuerdo en los enfoques, lo importante es ubicar cuáles son las teorías en disputa, más que detalles, y sobre esa base poder iniciar un diálogo constructivo sobre el problema. No sé si no hay tres enfoques. No sé qué distancia tengo con Inés Izaguirre. Digo esto por lo siguiente: porque en otras ocasiones he criticado tanto el llamado enfoque de lucha de clases –lo he llamado así refiriéndome a los planteos de Holloway y otros– como el regulacionista - estructuralista de análisis del capitalismo. Y busqué una mediación crítica entre ambos. Incluso tengo un artículo sobre esto en el que trato la relación entre lo que llamo lógica del capital y lucha de clases. ¿A qué viene este problema? Es que una diferencia que tengo con Norma Giarracca y con Germán Pérez consiste en que me parece que absolutizan la acción social, y dejan de lado la consideración de los condicionantes objetivos de ésta. Esto es, creo que hay que ubicar la acción de los sujetos sociales dentro de estructuras, o relaciones sociales, que son objetivas. Objetivas en el sentido de que a pesar de que surgen de la acción de seres humanos, no son dominadas por éstos, son relaciones cosificadas, y por eso mismo no están bajo su control. Esto tiene a su vez relación con lo que Marx quiere significar cuando sostiene que el ‘capital’ es el verdadero ‘sujeto’. El capital es el sujeto en tanto y en cuanto la lucha de clases no logre revertir las relaciones de fuerza

que impone de hecho la propiedad privada de los medios de producción sobre los desposeídos. Por eso mismo en el sistema capitalista se dan ciertas tendencias que operan por encima de la acción consciente de seres humanos, es decir, no son manejadas por éstos, aunque son seres humanos los que participan en ellas. Es lo que Marx llama 'la lógica del capital'; el capital es una relación social cosificada, una relación generada por seres humanos, pero que escapa a su dominio. Por ejemplo, en las crisis económicas se derrumban los valores, los precios, hay quiebras masivas; detrás de todo esto están, por supuesto, las acciones de los seres humanos, pero las cosas ocurren movidas por una lógica que los supera. Es en este respecto que soy bastante crítico de las interpretaciones subjetivistas, que hacen abstracción de estos condicionamientos objetivos que impone la dinámica y la lógica del capital. Estas interpretaciones subjetivistas han dominado en el pensamiento progresista y de izquierda –también, en última instancia, en la teoría económica neoclásica–, y han inducido incluso a una interpretación conspirativa e idealista de la historia. Para poner un ejemplo: Leon Trotsky en un texto fundamental de 1938 –nada menos que el programa de la Cuarta Internacional– llegó a decir que los grandes monopolios bancarios organizaban el alza de precios, las crisis y el desempleo. Obsérvese que esto implicaba decir que la crisis del '30 había sido organizada y manejada conscientemente por los bancos; a pesar de que había quebrado la tercera parte del sistema bancario norteamericano. Este tipo de interpretaciones fue y continúa siendo muy común.

Ahora, ¿por qué estoy planteando esto? Porque yo creo que hay una serie de procesos –hablo de la trasnacionalización de las fuerzas de la producción, de la tendencia a la mecanización de la mano de obra, la concentración de los capitales– que son objetivos, que escapan al control consciente (en tanto subsista el sistema capitalista) y frente a los cuales están situados los movimientos sociales y tienen que dar respuestas. A mí, por ejemplo, me impresionó muchas veces una reflexión que hace Rosa Luxemburgo, sobre cuál podía ser la respuesta de los sindicatos frente a la mecanización. Porque frente a la mecanización, es decir, el reemplazo de la mano de obra por la maquinaria –se trata de un impulso tendencial que emana de la misma lógica de la acumulación del capital–, la resistencia obrera hace aparecer, como dice Rosa Luxemburgo, a los sindicatos como reaccionarios. Es que si estás opuesto a la mecanización estás opuesto al progreso, y así aparece ante la sociedad. Pero si apoyás la mecanización tus compañeros quedan en la calle. Este es un problema muy complicado –de hecho contradictorio– que no es sencillo de resolver desde el punto de vista táctico-político. Sin embargo, los movimientos sociales están obligados a enfrentar este tipo de problemas. Y si no les damos respuesta, nos encontramos con que el enemigo logra ganar la batalla ideológica, y avanza en su política.

Durante las privatizaciones el gobierno y la burguesía ganaron la batalla ideológica porque lograron imponer en la población la idea de que el capitalismo privado era superior; así lograron que se identificara, por ejemplo, a los teléfonos estatales que no funcionaban con el socialismo. Estas cuestiones hay que reconocerlas y debemos responder a ellas. Tiene que ver con cómo enfrentamos el desarrollo de tendencias del capital que operan a

nivel mundial. En este respecto hay que partir de que lo que sucedió en Argentina en las últimas décadas no fueron particularidades que ocurrieron porque un grupo de lúmpenes y ladrones se habían apoderado del estado. De hecho esa gente instrumentaba ciertas tendencias del sistema que actúan en el ámbito global. Por eso los problemas que enfrentaba el movimiento popular no se solucionaban con simples cambios de personas.

Bueno, este es el problema que veo como muy importante. Y entonces aquí llamo a no sobrepolitizar el problema, es decir, no exagerar la instancia política. La instancia política hay que ubicarla en el marco de las tendencias de la acumulación, que son objetivas, y hay que reconocerla teóricamente. Si la ubicamos en este marco entonces rescato gran parte de lo que dicen Germán Pérez y Norma Giarracca. Pongo un ejemplo: me llamó la atención que vos, Norma, plantearas el tema de la resistencia en el campo frente a la tendencia a la concentración de la tierra. Ahora, hay que ver cuál fue el resultado tanto de esa lucha como de la tendencia objetiva operante. Hubo una pelea para defender la propiedad de la tierra frente a la tendencia a la concentración de la tierra. Y hay resultados de esta pelea. Si hubo ciertos objetivos tenemos que ver qué sucedió con esos objetivos, ya que en torno a esos objetivos se proponen movimientos sociales. Aquí el análisis debe articular lo objetivo –las tendencias, las expresiones de relaciones cosificadas– con lo subjetivo –la lucha, los objetivos conscientes, la organización del movimiento–. Pongo otro ejemplo: Germán Pérez dice: - "...el 19 y 20 de diciembre se rompe la obediencia frente a una forma de dominación". Pero éste es sólo un aspecto del problema; porque frente a la dominación del capital sobre el trabajo, frente a la desarticulación de los movimientos sociales ante la ofensiva del capital, no se rompe ninguna dominación, sino que más bien se la refuerza. Es correcto lo que dice Germán de que el 19 y 20 de diciembre la gente rompe con la imposición del estado de sitio, pero tenemos que enmarcar este hecho en el cuadro de la dominación económica. Y en cuanto a la dominación económica del capital, esto es, en cuanto al grado de explotación, de extracción de plusvalía, la situación no está mejor que con Martínez de Hoz. Incluso en la práctica esto se ve en las fábricas, en la prepotencia de los capataces y de las patronales en los lugares de trabajo, que nunca se había visto en la historia de la Argentina. Ahora no te secuestran, pero te despiden, vas a los ejércitos de desocupados, y esto ata a la clase trabajadora con cadenas muy fuertes.

Hay que reconocer también que hoy los movimientos de desocupados agrupan sólo a una pequeña fracción de un universo de 3 ó 4 millones de desocupados; debe de haber 3 millones que están absolutamente desesperanzados. En ese sentido quiero señalar también otro aspecto. Cuando en mi texto me referí al tema del individualismo y del autonomismo, lo hice en polémica con quienes sostienen que ha habido un avance del poder de decisión individual en los últimos tiempos. Yo veo una situación bastante distinta, marcada por síntomas de desagregación social muy importantes, como la droga, la delincuencia juvenil masiva. Son problemas sociales que cuestan contener mínimamente. Movimientos de desocupados importantes han logrado contener 30 ó 40 compañeros en un barrio, en un mar de desastre social, de barrios armados contra barrios, de desmoralización social, de cosas por el estilo muy complicadas. También estos son fenómenos que adquieren

alcances mundiales. Veía hace poco en un documental sobre Ciudad del Cabo, Sudáfrica, una situación muy parecida; uno lee crónicas de San Pablo, Brasil; de Colombia; de tantos lugares, y tenemos cuadros muy parecidos. El tema es entonces, ¿qué avance de la autodeterminación y la libertad se puede dar en esta situación?

Otro aspecto que quiero destacar es acerca de la fuerza del capital. Es claro que el capital está plagado de contradicciones, que debemos estudiar y profundizar. Pero también hay que decir que el capital de conjunto, y a diferencia del movimiento de trabajadores y de los movimientos sociales, ha venido elaborando una estrategia. En este sentido soy crítico de una idea que está muy de moda hoy, que dice que el neoliberalismo está en retroceso. Por el contrario, pienso que hasta el momento ha logrado un triunfo completo.

Desarrollo un poco esta idea porque me parece que es importante. Digo que ha logrado un triunfo porque ha logrado que parte de sus enemigos, el llamado progresismo, adoptara su agenda. Pongo un ejemplo: hace unos días fui a las Jornadas que organizó la Universidad Católica Argentina sobre *inflation targeting*. Estuvieron presentes varios ex presidentes del Banco Central, buena parte del *establishment* financiero, y también algunos representantes del pensamiento progresista del mundo académico de Economía. Pues bien, las diferencias que se evidenciaron en ese seminario fueron de matices, más o menos importantes, pero en última instancia de matices. Nadie planteó siquiera la posibilidad de aplicar una política seria que afectara los intereses del capital más concentrado. Nadie hizo una crítica profunda y cuestionadora de raíz a lo que allí se decía. Todo era de "buen tono". Desde el discurso de un Roque Fernández hasta la intervención de algunos de los representantes progresistas, había una distancia ideológica realmente estrecha.

Más en general, tomemos los Manuales de Economía de Rudiger Dornbusch, Robert J. Barro, de Paul Krugman, que se traducen a muchos idiomas y se venden por miles en todo el mundo, y que constituyen la base de la enseñanza económica en las universidades de economía. Pues bien, todos ellos han incorporado lo principal del pensamiento neoliberal –Milton Friedman, expectativas racionales, etc.– y las discusiones se presentan acerca de matices: si los precios son completamente flexibles o no, y cosas por el estilo. Son discusiones menores; ni siquiera se mencionan los aspectos más críticos del pensamiento de John Maynard Keynes frente a la teoría neoclásica. Esto muestra la influencia teórica del neoliberalismo; ha logrado que sus enfoques sean adoptados "naturalmente". ¿Y en qué se plasma esto? En que el mismo progresismo termina tomando gran parte del programa del neoliberalismo como si fuera lo único posible. Ahí está el ejemplo de Tony Blair. Algunos pensaron que el triunfo de Blair y de otras corrientes de la llamada "tercera vía" en el mundo que se iba hacia un modelo de acumulación de corte keynesiano. Pero no sucedió nada de eso; ninguno de esos gobiernos tiene hoy una política de redistribución del ingreso. Sí se admite que es posible y necesario un poco más de intervención del estado, pero en un marco que ha asimilado lo central de la reacción neoliberal de los fines de los años '70 y de los '80. Por eso, con razón, alguien ha dicho que el neoliberalismo de los '80 fue el jacobinismo de la avanzada; en ese entonces se llegó a plantear que el estado ni siquiera debía emitir dinero, que éste debía ser privado. Esas

exageraciones hoy son casi curiosidades, pero lo que dijo Milton Friedman sobre la tasa natural de desempleo sí se ha incorporado al *main stream* y es aceptado como algo lógico y natural. De la misma manera se acepta que hay que dar seguridad a los mercados; y así con otras cuestiones. Y esto es lo que marca la pauta general de las políticas que se aplican.

Por todo esto creo que efectivamente el capital tiene una estrategia global, que se puede ver por ejemplo en el acuerdo de inversiones, en lo que está haciendo hoy la Organización Mundial del Comercio con relación a la apertura en servicios, en el programa del NAFTA. Todo esto está reflejando el ascenso de una burguesía transnacionalizada que utiliza la palanca de los Estados para llevar adelante su política global. Y frente a este programa, que traduce en un plano ideológico deformado las necesidades del capital, el movimiento social de la clase trabajadora no ha desarrollado una estrategia global. Las luchas reivindicativas me parecen absolutamente válidas y necesarias, pero tenemos que ubicarlas en su verdadera extensión: son luchas que tratan de defender conquistas en el marco de una ofensiva. Se trata de defender espacios, es necesario hacerlo, pero el problema es que no hay estrategia de largo plazo para enfrentar la ofensiva del capital de conjunto. Y en este sentido coincido con Germán Pérez cuando dice que “se rompieron representaciones políticas tradicionales”. Esto ha ocurrido en nuestro país y significa que se están rompiendo las referencias tradicionales del programa nacionalista que encarnó el peronismo, el keynesianismo estatista. El programa de la mayoría de la clase trabajadora de 1973, o el de la anterior resistencia peronista, era volver a un estado keynesiano redistributivo nacional, que respondía a una situación mundial apta para esto. La ruptura del mercado mundial en los '30, la autonomización de los mercados nacionales, daría espacio luego para el surgimiento del Movimiento de los No Alineados, la Conferencia de Bantú, los movimientos nacionales y cierta articulación nacional centrada.

Pero a partir de los '70 la situación cambia. Mientras que en los '30 el mercado mundial se fracciona, se rompe –surgen incluso áreas monetarias autonomizadas– en los '70 la respuesta frente a la nueva crisis de acumulación global es la creciente internacionalización del capital. Y es ante esta internacionalización que los movimientos populares, los movimientos obreros, no tienen, en mi opinión, una estrategia. Más bien le oponen la estrategia nacional, que era apropiada para otra etapa. La estrategia nacional por definición es débil frente al despliegue internacionalizado del capital. La movilidad internacional del capital es un arma, que opera a modo de chantaje. Es el arma del propietario de los medios de producción frente al desposeído. Personalmente adquirí conciencia de la fuerza que podía tener esto cuando en el año '90 seguí por la prensa el caso de *General Motors*, que discutía si instalaba una fábrica en Inglaterra o en Alemania. Los sindicatos alemanes e ingleses disputaban entre ellos a ver quién le daba mejores condiciones a la empresa. Es decir, había una estrategia del capital que había devenido internacional, y los sindicatos respondían con una estrategia nacional que indefectiblemente los debilitaba.

Esta tendencia del capital se ha agudizado. El capital más transnacionalizado hoy exige la más completa movilidad, quiere imponer a

sangre y fuego los "derechos universales del capital". Frente a esto no veo una estrategia global que se le oponga, desde una perspectiva también internacionalista. Y entonces esto restringe o determina los límites de los movimientos de protesta. En este respecto son deterministas: hay límites para las posibilidades de las acciones sociales. Las acciones están circunscriptas en ciertos límites. Entonces hay que cuestionar esos límites. Se pueden romper si dirigimos bien la batería hacia el problema. Alguien puede decir que mi postura es inmovilista. Pero no es ese el sentido de mi planteo, sino el poner el acento en la existencia de factores objetivos que, como dije antes, están actuando como construcciones materiales, para asumirlos críticamente. Esta es la condición para superarlos. Pero en tanto no se haga, la lógica del capital se va a seguir imponiendo sobre nosotros. Este es el planteo más global del problema.

Inés Izaguirre: La verdad, creo que sí, que efectivamente hay un retraso por parte de las clases obreras, de las clases subordinadas del mundo frente a esa lógica centralizada del capital, de más de un siglo de avance respecto a las acumulaciones de la clase obrera, que es una historia de derrotas. Entonces creo que la estrategia incluso nacionalista que vos decís, Rolando, que no sirve para enfrentar eso, es defensiva. Porque es probable que no veamos otra salida, por ejemplo, para el pleno empleo, que recuperar espacios productivos. Sobre todo esto pasa en países que tuvieron pleno empleo hasta hace poco, como nosotros, y que todavía éste permanece en nuestra memoria histórica, la memoria de nuestras propias vidas.

Comparto también el tema de la objetividad y la objetivación en la teoría marxista, que no tiene que ver solamente con aquello que se ve y se toca sino con el hecho de que la objetividad y la objetivación son en Marx un proceso, un proceso histórico. Así como para las clases subordinadas es un proceso histórico ir adquiriendo conciencia de su poder, de su relación con el capital, la existencia misma de la teoría es un hito en ese proceso de demostración. Una de las cosas que escribí al final de mi Addenda [Nota del editor: que se suma al adelanto de nota del Número 1 de la revista] es esta articulación entre las condiciones de la realidad y las estructuras del sujeto que están en la base del descubrimiento de la ley del valor. El valor es una relación de fuerza, fuerza de trabajo vivo vs. fuerza de trabajo muerto. El valor para Marx existe en la producción pero se objetiva y se realiza en el cambio. Como las relaciones de cambio son mucho más visibles y numerosas que las relaciones en el ámbito de la producción y como en el cambio lo que aparece es una relación entre equivalentes, la construcción de la noción de ciudadanía tiene la imagen distorsionada por esta objetividad, que es la frecuencia y la intensidad de las relaciones de cambio, de las relaciones aparentemente igualitarias del mercado, entre el vendedor y el comprador, entre el productor y el consumidor. Pero ocurre que no son relaciones igualitarias. Justamente uno de los descubrimientos de Marx es precisamente encontrar en esa apariencia lo que es la relación de desigualdad, descubrir en la relación de compra-venta entre un propietario de dinero y un vendedor de fuerza de trabajo, que aparece como una relación de mercado entre iguales, una relación entre desiguales. A partir de la cual se gesta y desarrolla mayor desigualdad. Estas son leyes para mí objetivas, que tienen

una fuerza material, y que como él mismo dice “no pasan por la conciencia de los hombres”. La gente nace y adhiere a un mundo productivo, a una sociedad en funcionamiento, y lo que se le aparece como natural y como objetivo es eso que existe, pero en rigor esto es una realidad que puede ser modificada. Esta noción de que puede ser modificada tarda mucho en desarrollarla el ser humano. Lo otro, lo que existe, tiene la fuerza de lo que se impone, en las representaciones, en la cultura, en las significaciones, y la persona, si no lucha y no se incorpora en algún movimiento de resistencia –cualquiera sea, no necesita ser revolucionario– y de reclamo democrático o reivindicativo, no logra acceder a la conciencia de que eso puede ser modificado. Para mí la importancia del estudio del conflicto social tiene que ver con ese proceso de toma de conciencia, ese proceso de objetivación, o sea de visibilidad. Lo objetivo no es una cosa que está dada de entrada. Por eso cuando Rolando Astarita señala, y también Norma Giarracca, que en cuanto a salarios y nivel de ocupación, “si se comparan los datos objetivos de la situación de la clase obrera durante la dictadura y los de ahora, se encuentra que eran mucho mejor antes”. Claro, visto desde hoy esos datos son objetivos, pero la adquisición de eso por la subjetividad de la gente tarda. Salvo que se trate de un proceso de gran magnitud, densidad y velocidad como la “hiper” de fines de los ´80 – que dejó una marca profunda en la conciencia popular–. La serie de medidas expropiatorias sobre la mayor parte de las clases subordinadas producidas desde entonces ha sido un proceso progresivo relativamente lento, aunque nos parezca rápido en el curso de nuestras vidas. Da lugar a una adaptación. Imaginen lo que hubiera sido que eso se produzca en el curso de un año: habría producido un estallido social inconmensurable. De alguna manera diciembre de 2001 vuelve a producir una acumulación de hechos expropiatorios, desintegradores, de la situación de la gente frente a una casi inexistente respuesta popular. Entonces advertimos que esa acumulación violenta, hace que el pueblo no pueda más que resolverlo estallando, saliendo a la calle. Esa es la protesta que nosotros vimos. En ese sentido ahí hay elementos nuevos que creo que sí hay que seguir estudiando. Porque esto tiene que ver con el efecto acumulativo en la conciencia humana, en la subjetividad de los hombres, de las medidas del régimen. Que no son sólo económicas. Independientemente de lo que vos, Rolando, señalás de la lógica del capital, la lógica del capital no es sólo económica. Es su objetivo final. Es una lógica política, una lógica de dominación territorial, una lógica muy armada y muy compleja. Y cuanto más riqueza y acumulación tiene, más rápido la puede articular. Tiene además toda la “inteligencia” de la burguesía.

Con respecto a lo que vos, Germán, me preguntabas al principio si las luchas democráticas pueden ser burguesas, te respondo que pueden ser de todo, burguesas, obreras... Cuando la gente se siente vulnerada, lucha, y si no, se destruye, o se enferma. Que eso es lo que descubren los psicoanalistas cuando hablan de acumulación traumática, y lo que de alguna manera sacan a la luz los movimientos sociales de derechos humanos, cuando en las peores condiciones salen a luchar, aún sin esperanza casi de recomponer la situación, logran no sólo sobrevivir sino crear otro espacio. Un espacio de resistencia en la sociedad argentina que ha tenido efectos mundiales. Porque no es solamente un movimiento local. En ese sentido, cuando la teoría habla de la

lucha de clases habla de todo esto. La lucha de clases no es solamente lucha económica. Es lucha económica cuando la principal vulneración es económica, pero cuando la principal vulneración es política, es social, es ideológica, se transforma en lucha en todos esos niveles. Todo eso hace a la lucha de clases. Como creo que la teoría de la lucha de clases es lo menos desarrollado en el marxismo, creo que también es una tarea de los científicos sociales tratar de desarrollar esa parte. Yo creo que Marx es el menos rígido de todos los teóricos que conozco. Está dispuesto a poner a prueba lo que él dice con los datos de la realidad.

Norma Giarracca: Tengo dos cosas muy chiquitas para decir. Una es a Germán Pérez. Sé que el sistema de representación es un sistema fallado, como todo sistema social, es decir como todo sistema de significaciones. Lo que dice el texto es que se hace visible esa falla, porque eso es justamente lo que caracteriza a la crisis, hacer visible y poner en cuestionamiento el sistema de sentidos que se venía dando. Si lo querés llamar crisis de legitimidad lo llamamos así. Pero es una crisis de sentidos, lo que hace, básicamente, es hacer visible aquello que aparecía como natural o invisible dentro de los discursos hegemónicos. Esto por un lado.

Por otro lado estoy de acuerdo conque existen constricciones, restricciones de la acción. Todos aquellos que trabajaron la acción social aceptan esto, desde Max Weber hasta Alberto Melucci. La cuestión es ver cómo funcionan en relación con la acción y con el poder. Quiero dar un ejemplo que muestra bien esto. Las tendencias macroeconómicas, macroinstitucionales aparecen, se muestran, en las formaciones de las situaciones y procesos sociales, pero no necesariamente como muchos la ven, es decir determinantes. Un ejemplo: la mecanización es considerada por este tipo de pensamiento economicista como *necesario* reemplazo del trabajo humano, (recuerdo cuando el ex vicepresidente Carlos Chacho Alvarez quería dar ejemplo de por qué había generado la desocupación, decía que es la tendencia mundial a la mecanización y al progreso, como si eso explicara inmediatamente lo que estaba pasando). Realizamos un estudio sobre los zafreros, los que hacen la cosecha de la caña en Tucumán. Y había un discurso general que decía que apareció la máquina integral y se produjo la desocupación. Lo que nosotros demostramos es que `la integral` estaba presente en el agro cañero desde hace más o menos 35 años. La tenían algunos ingenios que la usaban en determinados momentos. Indudablemente el "progreso", la máquina, estaba. Sin embargo tuvieron que pasar dos cosas para que la mecanización se instalara en Tucumán y se desatara una brutal desocupación. Primero, el gobierno de Bussi y la represión. O sea, destruir al sindicato de los zafreros, destruir todas las relaciones del gremialismo en Tucumán y todas las relaciones políticas, esto lo sabemos muy bien, están los trabajos de Inés Izaguirre acerca de lo que fue la dictadura en Tucumán. Esto fue un elemento fundamental para que el sindicato desapareciera. Entonces empezaron a aparecer en los grandes ingenios las cosechadoras integrales, pero se usaban en determinados momentos, en los que convenían, por cuestiones de suelos o de costos. Recordemos que sin los sindicatos la mano de obra fue mucho más barata que 10 ó 15 años antes.

La segunda cuestión fue el golpe económico de Menem, el decreto de desregulación económica de 1991. La cuestión de las condiciones de posibilidad para que los grandes actores económicos tomaran la escena dentro de la producción de caña, y donde el pequeño y mediano productor tuvieran tremendas dificultades para seguir con la producción. Ahí es donde aparece, se generaliza aquello que había estado presente desde los años de 1960, la cosechadora integral. Lo que quiero decir es que indudablemente existen tendencias económicas fuertes, pero siempre están mediadas por lo político, por lo social, por lo sindical... Y me parece importante plantearlo, porque esto nos permite tener otra visión de lo que está pasando en este momento.

Reitero: creo que el discurso neoliberal como cultura, es decir en sus aspectos económicos pero en muchos otros, está en crisis. Pensemos: viendo lo que están haciendo Estados Unidos e Inglaterra en este momento, en los medios, no solamente en los medios argentinos, donde hay una gran fuerza en contra de esta guerra sino en muchos otros países. Me acordaba de lo que sucedía 10 años atrás, durante la Guerra del Golfo, los cuatro locos que salíamos a manifestar en contra de Estados Unidos, o sin ir más lejos, en 1999, durante la guerra por Kósovo. Recuerden, fue una cosa muy terrible, muchos intelectuales europeos aparecieron a favor de la guerra. A mí me parece que algo importante está cambiando: los movimientos llamados antiglobalización en todo el mundo; esta conexión entre los movimientos locales, nacionales, y los movimientos internacionales; este internacionalismo de una cultura de la resistencia que se va generando con los activistas que viajan; los personajes importantes que viajan como Naomi Klein; nuestras propias organizaciones que van a otros países; estas interrelaciones que yo veo: por ejemplo, voy a Santiago del Estero, voy a Solano (MTD), y la gente tiene el gorro del Movimiento de los Sin tierra de Brasil, la conexión con el MST de Brasil es muy fuerte.

Entonces a mí me parece que, por un lado, están estos datos duros que nadie puede negar, que tienen que ver con la participación de los asalariados, o la fragmentación y la desesperación de los sectores populares, de los barrios, de las provincias, que también es un hecho. No es todo organización, solidaridad, y todo lo demás, eso es cierto, pero algo muy importante cambió.

El otro día vi la película brasileña *Ciudad de Dios*, que muestra una favela en los años '60, '70 y '80, y yo estuve en Río hace poco y sé que lo que está pasando en estos momentos no es muy diferente. Pueden estar pasando las mismas cosas. No obstante por lo que ocurrió en el nivel político, por el hecho de que un partido obrero, con un líder obrero llegue a la presidencia, aparecen nuevos sentidos, otras posibilidades. Aparece la posibilidad de una transformación de esto tan espantoso que estuvo pasando tanto en el mundo como en la vida de los pobres de América latina. Esto que para simplificar llamamos neoliberalismo con consenso (en democracia). Y esto me parece que es importante.

Inés Izaguirre:

Creo que eso es una variable fundamental y original en la historia de la humanidad, el desarrollo de la comunicación, donde vos te enterás casi en el acto de lo que está pasando.

Norma Giarracca:

Y las conexiones entre los sectores y las organizaciones y los grupos que se están moviendo, las solidaridades. Y que a veces tienen consecuencias que muchas veces no son inmediatas. Mirá, Rolando, si tengo que responder, ¿se paró la concentración de la tierra? No, no se paró. Los primeros datos del Censo Nacional Agropecuario muestran un proceso de concentración agraria muy fuerte. ¿Y esto de alguna manera habla de la no productividad de la lucha de todos los sectores agrarios y rurales que se dieron en los '90? Creo que no, que los campesinos santiagueños están mucho más relacionados entre sí, están más relacionados con los piqueteros. Que hay redes entre sectores urbanos y agrarios, etc. Yo no puedo medir el resultado de la acción de protesta con los datos duros. Me parece que sus consecuencias son a más largo plazo. Los procesos sociales, culturales, son a muy largo plazo, desgraciadamente para nosotros.

Germán Pérez:

Bueno, una cosa: a mí me inquieta mucho cuando se insinúa o se comenta como una especie de ejemplo, de comentario comparativo, el estado de la clase obrera durante la dictadura. ¿Estaba mejor objetivamente o no estaba mejor objetivamente? Si la objetividad es lo que vos, Rolando, definiste en Marx, o sea, una construcción social, claramente estaba peor: estaba siendo exterminada, ¡qué estamos discutiendo! No se puede decir que estaba mejor con Martínez de Hoz, si la objetividad es eso. O si no, admitamos que la objetividad son una serie de números, de indicadores económicos, nada más. Un registro de números. Entonces ahí sí podemos decir: había tantos obreros ocupados. Ahora hay tantos. Si la objetividad es lo que vos dijiste, claramente estaba peor, no es discutible si estaba mejor o peor. Estaba siendo exterminada por el terrorismo de estado. Quiero en eso poner una diferencia clara. No me parece comparable. O si no admitamos que la objetividad es otra cosa que el registro de tantos desocupados, de tantos obreros industriales, qué sé yo. Pero si la objetividad es esta construcción social, política, cultural que propone Inés, con la que yo estoy de acuerdo, entonces no podemos decir que en el contexto sociopolítico de la dictadura la clase obrera estaba "objetivamente mejor" que en la actualidad.

La otra cosa, el carácter defensivo de las luchas, depende del partido que uno esté jugando, en qué medida se defiende y en qué medida ataca. La lucha por reivindicar derechos sociales frente a la ofensiva neoliberal y hacerlo desde un discurso más basado en principios democráticos, en procesos asamblearios, no desde la prebenda y el clientelismo, es una lucha no necesariamente defensiva. Efectivamente hay distintas formas de capitalismo. El único progreso no es la revolución, la abolición de las relaciones capitalistas de producción por vía revolucionaria. Si no ¿qué es un progreso en estas condiciones? Restituir derechos sociales, la salud, la educación, un ingreso digno y los estatutos del trabajo no me parecen una lucha defensiva.

Inés Izaguirre:

Clausewitz decía que la lucha defensiva –y habla de la defensa de un territorio que no es sólo geográfico– es la que tiene mejores posibilidades de triunfar. La guerra empieza con la defensa.

Germán Pérez:

Recuperar estatutos legales que se han construidos en base a luchas de varios siglos alrededor del trabajo, no me parece que sean cuestiones tan defensivas, en estas condiciones que describe Rolando Astarita y que comparto. Excepto que uno crea que la única manera de generar condiciones de vida digna sea a través de la revolución, y que dentro del modo capitalista de producción todo tipo de relación capitalista sea exactamente lo mismo. Cosa que no me parece. Esto está en el trabajo de Rolando Astarita cuando se apela a la ausencia de respuestas keynesianas, a este avance del neoliberalismo. En este sentido, yo diría, “bueno, pueden ser luchas defensivas, pero veamos qué partido estamos jugando, contra quién estamos jugando”. La experiencia del PT –que me podrán decir que puso al *establishment* en los principales cargos de la política económica del gobierno– es el resultado, ese gobierno, que tiene todas esas contradicciones, de una construcción obrera, que en un país latinoamericano llega al gobierno. Esto es algo sociopolíticamente relevante y novedoso. Me van a decir que es defensivo porque no puede romper con la lógica internacionalizada del capital, pero veamos también en perspectiva este asunto.

Estas son las dos cosas que yo quería poner: qué es objetivo, y si consideramos a lo objetivo de este modo cómo podemos comprar a la dictadura con el estado actual. Después la cuestión esta en pensar si es una situación defensiva en relación con qué.

Rolando Astarita:

Encuentro al interior del capitalismo matices muy fuertes. Una cosa es el neoliberalismo...

Germán Pérez: Exactamente.

Rolando Astarita:

Primero, claramente estoy de acuerdo en que la lógica del capital está mediada por instancias políticas y diferencias de todo tipo. Lo interesante del tema es cómo en la medida que no se rompe con esta lógica, las mediaciones retrasan procesos, pero no los revierten. Pienso que hay que analizar qué se propuso un movimiento social y qué logró. Porque podemos hacer análisis en términos de la conciencia que se ha logrado, pero también debemos hacerlos en términos de resultados objetivos. Rescato en este punto una famosa recomendación de Marx, que le decía a la clase trabajadora que no se desgastara en guerras de guerrillas en luchas reivindicativas. Esto es, hay que pelear, pero es un problema desgastar al movimiento en una guerra de guerrillas, que finalmente llevan a un agotamiento. Conozco hoy sectores del movimiento obrero donde los activistas no se levantan ni con cucharita porque están desgastados por paros intermitentes, salidas a la calle, etc., sin dar una salida definitiva ni plantearse una estrategia superadora. Estos movimientos ponen palos en el

avance del capital, pero no lo revierten. Este es un tema importante para incorporar a los análisis. En este aspecto en el marxismo siempre hubo un cierto pesimismo sobre lo que podía lograr el movimiento obrero en los marcos del capitalismo. Lo dice Rosa Luxemburgo cuando compara la acción de los sindicatos en el capitalismo con el trabajo de Sísifo. Esto lo hace para señalar las limitaciones de la lucha reivindicativa. Pero no lo dice para dejar de luchar, sino para plantear la necesidad de superar el sistema de explotación.

Muchas veces se nos dice "no se puede pelear por una salida más de fondo cuando hay crisis, porque está todo muy convulsionado". Y cuando no hay crisis y el capitalismo acumula, se nos dice que tampoco se pueden plantear las salidas de fondo. Entonces uno termina preguntándose cuándo se puede plantear las salidas de fondo. Sin cuestionar la propiedad del capital, que está en la base de esta lógica de acumulación y explotación, la lucha por las reivindicaciones mínimas estará siempre recomenzando. Marx y Engels decían en 1848, "no ocultamos nuestro objetivo", que era abolir la propiedad del capital. Pero esto hoy no se plantea ni siquiera a nivel de la propaganda, parece que genera temor enfrentar la cuestión de fondo. Sin embargo es la única crítica esencial, de raíz, a la ideología del mercado (a la teoría walrasiana, base de la economía neoclásica), a la ideología que defiende el predominio de la propiedad privada sobre el derecho al trabajo y la vida.

Norma Giarracca:

Me parece que ahí sí tendrías que hacer una definición de socialismo real. Porque uno cuando piensa en el socialismo que se instaló en las sociedades humanas, piensa inmediatamente en lo que terminó. Entonces, por mi parte también aspiro a un cambio dentro de la sociedad, pero no lo puedo nominar porque aquellos conceptos que tengo para nominar formas de relación política, económica y social refieren a procesos históricos que en realidad ninguno me convence. Cuando vos decís socialismo, pienso en lo que pasó en Rusia, en lo que pasa en China, en Cuba –un país que respeto, pero que tiene graves problemas en la organización de la sociedad humana–. Entonces me parece que sería importante por lo que vos decís, definir qué es el socialismo. Si me dejás a mí referirme a esas situaciones históricas, las socialistas, digo que son tan terribles como el capitalismo.

Rolando Astarita:

Lo que estoy planteando es un sistema social que supere la contradicción entre la propiedad privada y social. No descarto formas de cooperativismo, de asociación democrática, etc. Lo que estoy diciendo es que esta sociedad genera periódicamente crisis brutales y condena a miles o millones de seres humanos a guerras, sufrimiento. Y hay que cuestionar la propiedad que tiene el capital de disponer del trabajo y de la vida de los seres humanos. Sobre ese cuestionamiento hay que construir algo positivo. En tanto no rompamos con esta matriz, con esta lógica, esto tiende a imponerse. Hay una cosa que tiene que hacernos reflexionar mucho. Hace algunos años varios teóricos nos decían que había varios modelos de capitalismo, y que podíamos elegir el más humano y progresista. Algunos decían que el modelo sueco era el mejor, otros el germano. Sin embargo hoy este tema de los varios modelos ha quedado en

la historia. Con matices, hay una convergencia hacia una forma de acumulación más o menos uniforme. Lo vemos en la política por ejemplo del Bundesbank, en la estrategia que está desplegando el capitalismo alemán para precarizar el trabajo. Se ve en la discusión que tiene el estado alemán con los sindicatos; abiertamente se dice que hay que flexibilizar, bajar los salarios, que no puede ser que un metalúrgico gane en promedio 30.000 dólares por año. Y están diversificando inversiones hacia Checoslovaquia, Polonia, donde la mano de obra es más barata. Suecia tiene las mismas discusiones.

Pongo otro caso, todavía más claro. Tomemos el caso de Vietnam. Muchos de nosotros crecimos políticamente al calor de la lucha vietnamita contra la ocupación norteamericana; fue un símbolo de los sesenta y setenta. Pues bien, Vietnam derrota y expulsa a los yanquis en 1975. Pero al poco tiempo pedía el ingreso al FMI. Hoy en Vietnam encontramos funcionando con plena libertad empresas como *Nike*, que son modelos mundiales de superexplotación. Esto no se puede explicar por "traiciones". Hay lógicas que se están imponiendo y yo veo, por primera vez, la lógica de acumulación del capital más unificada a nivel mundial. Véase la diferencia con los '30. La crisis del '30 planteó salidas distintas para los países; en medio de la crisis algunos empezaron una industrialización hacia adentro, en medio de la ruptura del mercado mundial. Hoy la situación es cualitativamente distinta. Las leyes de flexibilización laboral que se discuten en España y en la Argentina son calcadas. Las disposiciones de protección de inversiones que se están discutiendo en el NAFTA se están discutiendo también en Europa, en Asia. En ese sentido estoy viendo, por primera vez, una lógica mucho más unificada. Es significativo que Lula, por ejemplo, se haga cargo de este programa. Después está el matiz, puede haber algún rasgo un poco más redistributivo o no; incluso lo tiene el Banco Mundial, porque el Banco Mundial tiene ese toque más redistributivo con respecto al FMI. Nunca la burguesía es homogénea, siempre hay diferentes estrategias. Dentro de los estados nacionales hay estrategias políticas distintas. Pero veo esta unidad de fondo en ciertas tendencias de desarrollo.

Sobre esto es que hace tiempo estoy llamando la atención, porque veo una enorme dosis de subjetivismo, de voluntarismo: pensar que estas tendencias se pueden cambiar con simples cambios de gobiernos, de personas, sin afectar las bases del sistema.

Giarracca:

Quiero añadir una sola cosita en relación con lo que dice Astarita, para complicar más... Lo que vos atribuís al capitalismo, hay algunos autores que te dirían que es algo mucho más profundo, que detrás del capitalismo está una idea moderna de la organización de las sociedades humanas, y como principal aspecto de tales organizaciones está el estado. Tanto Vietnam como cualquier sociedad que luchó, cuando llegó a organizarse, a partir del estado, a partir de esta forma moderna de organización, terminó en una organización opresiva, y esto pasa con los resultados del capitalismo o del socialismo.

Una reflexión sobre la inseguridad

Juan S. Pegoraro

Desde el principio he hecho ver que la igualdad es un estado de guerra y que la desigualdad ha sido introducida por consentimiento universal.

Th.Hobbes. De Cive

¿Qué se quiere decir con “inseguridad” ?

Esta pregunta dispara algunas reflexiones: la primera refiere a la pertinencia y actualidad (o urgencia) para la investigación en ciencias sociales de abordar este fenómeno social que de manera relevante está en la agenda discursiva de los gobiernos, de los medios de comunicación, de los planteamientos electorales y también de las demandas genéricas de la ciudadanía. Las noticias periodísticas abonan una campaña de alarma social ante la delincuencia violenta, lo que contribuye a reducir la problemática a un crecimiento de la maldad y crueldad de ciertas personas (jóvenes, pobres, excluidas, vulneradas, desocupadas). Ante esto suenan y resuenan voces de imponer la “ley y el orden” y se ha puesto de moda una invocación a la llamada “tolerancia cero” que en los hechos sólo persigue “incivildades” (Kelling, 2001, Marcus, 1997) mientras deja impune los grandes delitos del poder y la corrupción pública. Persiste así una política penal con su correspondiente “selectividad” o como dice M. Foucault una política que *administra diferencialmente los ilegalismos*.

El miedo como estrategia de dominación

En la historia de las sociedades humanas la mayor amenaza a la vida ha sido la imposibilidad de dominar las fuerzas de la naturaleza y la supuesta existencia de seres sobrenaturales y todopoderosos (dioses) que conjugaban al mismo tiempo la bondad y la maldad, la crueldad y la compasión, la vida y la muerte (Girard, 1995); pero el mayor miedo ha radicado en la dificultad de establecer un orden social que evitara la violencia recíproca inacabable. Es éste, el miedo a una violencia sin orden, lo que llevó a aceptar resignadamente la imposición de un orden con violencia (llamada civilización) y por lo tanto a la existencia de dominantes y dominados, de poderosos y débiles, de soberanos y sometidos, de victoriosos y derrotados sociales.

Bien, ¿cómo logran los sectores dominantes conjurar esa amenaza latente de que se desencadene una violencia recíproca que destruya el orden de las diferencias, “la cultura?”. Como sabemos, la institución –el estado- que representa el orden apela a la amenaza y a la violencia que concebida como legítima, es capaz de ejercer “castigos” invocando la defensa del orden amenazado y el supuesto mandato societal.

Por otra parte el imaginario colectivo concibe que el Derecho Penal y las instituciones que lo gestionan lo pueden defender de la amenaza del crimen y de la inseguridad. Pero sabemos que los más grandes crímenes fueron cometidos precisamente por esas instituciones que invocando el derecho de imponer el orden castiga apelando a la ideología de la defensa social, al racismo, la xenofobia, el sexismo, la religiosidad, y “razones de estado” y así ha mutilado, asesinado, quemado, violado personas y desaparecido razas, grupos humanos, sectas, comunidades, tribus, pueblos enteros.

La nueva inseguridad

A mi entender la actual inseguridad está asentada en una base material distinta a aquella que estaba presente en otras etapas de la humanidad, y aún en la era del Estado Keynesiano. Es una nueva forma de inseguridad que no se ha producido por designio divino ni por un espasmo de la naturaleza ingobernable e irreducible; como diría Marx, “la naturaleza no produce por una parte poseedores de dinero o mercancías y por otra, personas que simplemente poseen sus propias fuerzas de trabajo” (El Capital: I, 203): se ha producido, como siempre, por una gestión política que produce efectos inhumanos a todo nivel; esta política ha expandido los miedos sociales que están presentes en la cotidianeidad como el miedo que produce la inseguridad en el trabajo, el miedo que produce el desamparo en la salud, en la educación y en la seguridad social. De tal manera el individuo ha quedado inerte ante relaciones sociales que no controla y ello ha aumentado sus miedos y su sensación de inseguridad ante el prójimo (“próximo”, Freud...) y a esto pretende conjurarlo invocando una poción mágica, un *pharmakon*: el Derecho Penal, que con violencia supuestamente anula la violencia (Resta, 1995). Pero el derecho penal no posee cualidades prácticas per se ya que las normas están *mediadas* ya por individuos portadores de relaciones sociales que ocupan cargos en las instituciones estatales, ya por dichas instituciones estatales (corporativas) como el Poder Policial, el Poder Judicial y el Poder Penitenciario que son las que ejercen o no ejercen el Derecho Penal.

En realidad, como sabemos, es el poder policial el que en los hechos maneja y gestiona la (in)seguridad ciudadana (Ferrajoli, 1989) y no como se cree esa institución subordinada que es la *justicia*. No tanto porque no comparta la visión de la (in)seguridad como la de la policía, sino que dicho poder carece de capacidad operativa para vigilar, controlar, disciplinar, normalizar las conductas humanas que es el verdadero objetivo de la dominación social y no la moral ciudadana. Lo contrario sería caracterizar al capitalismo y al orden social y las instituciones que lo componen, por una intención de nobleza, de justicia, de moralidad, de ética general y universal solidaria y fraterna, que se propone la felicidad de todos donde la continua acumulación originaria y la tasa de ganancia serían solo un componente material contingente.

Causas y causalidad de la inseguridad

Una característica actual de las sociedades capitalistas occidentales es la inclusión cultural de casi toda la población y al mismo tiempo una política de exclusión y marginación social que Jock Young (2001) llama *canibalismo y bulimia*, y una creciente violencia delictiva. Ambas características han sugerido la imperiosa necesidad de explicaciones causalistas basada de naturaleza individual revitalizando teorías bio-psicologistas y de la medición de coeficientes mentales –"I.Q"- (Eysenk, 1973; Murray, 1992; Murray y Herrnstein 1994; Wilson, 1997). Estas explicaciones son irradiadas desde poderosas fundaciones norteamericanas como la Heritage, la Rockefeller, así como departamentos académicos de universidades como Harvard, Columbia, Los Angeles. Así acompañan teóricamente las políticas económicas neoliberales de mercado justificando la exclusión social por las características o naturaleza de los "perdedores" y el delito en la maldad irreducible de seres asociales y amorales lo que ha disparado exponencialmente la población carcelaria en EEUU (actualmente hay casi 2 millones de personas encarceladas y 4 millones mas bajo control de agencias penales) y en todos los países capitalistas occidentales.

Ahora bien, de lo dicho sobre la existencia de un orden social se desprende que el miedo y la inseguridad son vividos y sufridos con diferencias apreciables entre las clases sociales, grupos, comunidades; las clases subalternas no solo sienten la inseguridad social y política de cara al sometimiento que padecen, sino también la inseguridad intraclase, fenómeno no nuevo, es cierto, pero que en los últimos 20 años se ha tornado dramático. Como sostiene Lois Wacquant (2001) en una investigación realizada en ghettos de Detroit se han roto los lazos sociales comunitarios que siempre estuvieron presentes sosteniendo formas de solidaridad a su interior (Lewis, 1964; Valentine, 1976; Wacquant, 2001; Lomnitz, 1983; Auyero, 1997); la ruptura de la solidaridad interna en ellos ha sido sustituida por otras características como la "despacificación, desdiferenciación e informalización".

La exclusión social con mas la prédica individualista generó en esos lugares como en nuestras poblaciones villeras o fabelas o vecindades o chabolas, una *desafiliación* (Castel, 1995) y además la mayoritaria existencia de "inútiles para el mundo", supernumerarios rodeados de una cantidad de situaciones caracterizadas por la precariedad y la incertidumbre del mañana.

Los pobres siempre han vivido en la inseguridad y en el miedo, pero ahora producto de una guerra social que desataran los grandes grupos económicos que han producido una sociedad tremendamente polarizada, aparecen ciertas formas de resistencia larvada de los sectores desposeídos que atacan a sectores de clase media y alta. Pero claro, esta es una parte de la problemática de la inseguridad ya que como decíamos se omite considerar la violencia generalizada entre los propios pobres y excluidos sociales que se victimizan entre sí, producto en gran medida de la desesperación y

degradación social y de los efectos de la marginación, la frustración y el desamparo; y en este caso el sistema penal, y más aún la policía, se mantiene al margen y hasta facilita la sordidez de estos actos intraclase que le permite solapar otros delitos que producen un daño social mayor como aquellos llamados delitos del poder (Pegoraro, 2002), en especial los económicos.

La habitualidad del delito

En parte producto de los medios de comunicación y en parte por esta nueva realidad se ha hecho perceptible que el delito ha pasado de ser lo infrecuente, lo anormal circunscripto a las conductas de los marginales y extraños a ser una parte habitual en nuestra vida cotidiana tanto en las instituciones públicas como en la familia, tanto en el mercado como en la gestión de las políticas sociales, tanto en la guerra como en la paz.

El saber en el campo de las ciencias sociales no puede negar el papel que ha jugado el delito y la violencia en la construcción del orden social por lo que no se puede alegar ignorancia, inocencia o sorpresa (el cineasta Martin Scorsese acaba de decir con relación a su film "Pandillas de Nueva York", que el hampa también construyó NY ¡!!!, y la banda de música U2 compuso una canción: *The hands that built América*). Pero aún en este campo y en la sociología académica en especial, es mayoritaria la visión "esperanzada" de la existencia de una sociedad de carácter armónica y organicista que facilita visiones simplistas y despolitizadas tanto de la violencia delictiva como de la selectividad negativa del sistema penal.

Otra cuestión querría resaltar: al capitalismo no le conmueve el delito y tampoco la contingente inseguridad personal sino la sedición (Foucault, 1979); el capitalismo puede existir y reproducirse con altas tasas delictivas interpersonales ya que la acumulación y reproducción económica, tanto legal como ilegal (Pavarini, 2000, Pegoraro 2002) no es puesta en peligro por esos tipos de delitos; lo que sí necesita es disponer de un estado "cautivo" (Banco Mundial, 2.000) y un grado de previsibilidad en las transacciones financieras y demás formas contractuales aunque aún éstas están sujetas a las formas del fraude, la estafa, la violencia. Con esto quiero decir que para el desarrollo y reproducción del capitalismo no obstante sus declamaciones, la llamada inseguridad es un problema menor.

Son delitos o ¿son delitos?

Ahora bien, no puedo dejar de señalar que sobrevuela en mis reflexiones la nueva realidad que integra también el fuerte crecimiento de los delitos interpersonales violentos; éstos son realizados, mayoritariamente, por pobres-débiles-vulnerados-desesperados sociales- (los únicos que son perseguidos penalmente); son actos a los que la lectura vulgar los considera "espasmódicos" (Thompson, 1995), de aquellos que se niegan a morir en silencio frente a tanta inequidad social; pero no será necesario preguntarse

acerca de su significado moral? ¿No existe en ellos una reclamación o protesta humana, de sobrevivir, frente al genocidio al que son condenados?.

Es cierto que la imagen del holocausto es más turbadora que esclarecedora pero las estadísticas sociales, no sólo de Argentina sino de América Latina toda, muestran un verdadero genocidio social. El proyecto de poder ha sido pensado con base en la variable "aceptación" de la racionalidad económica - mercantil por parte de la población; ésta ha sido pensada como los judíos caminando hacia los hornos crematorios sin resistir ya sea por terror, por incompreensión o por vencidos, y no contaba con la existencia de algunos muchos que violentan las sagradas normas legales para sobrevivir; aunque se les atribuya falta de conciencia o racionalidad (¿?) no sólo violan la propiedad sino que desconocen el derecho de propiedad. Ya lo había advertido preocupadamente Hobbes, (2000) cuando decía que hay hombres que violan las leyes por debilidad pero hay otros hombres que desprecian las leyes.

La guerra social siempre presente, pero hoy exacerbada, de los poderosos y triunfadores sobre los derrotados sociales produce víctimas mas o menos inocentes (¿que están en el medio?) pero la guerra siempre tiene estos "inconvenientes". Y así esta reflexión va en el camino de sostener que el modelo neoliberal incluía una oblación social en un quirófano y se ha encontrado con que muchos pacientes que iban camino a ser "autopsiados" simplemente se niegan a ser pacientes. En tal sentido esta particular inseguridad que sobrevuela a nuestra sociedad, como a otras latinoamericanas, está producida por esta nueva "forma económica" legal-ilegal, (Tonkonoff, 1997) que ejercen estos parias sociales para sobrevivir, "forma económica" que es la que siempre han utilizado los sectores dominantes, en otros rubros más lucrativos, para la acumulación capitalista.

Recordemos que Engels en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, decía que la primera forma de revuelta del proletariado moderno contra la gran industria era la criminalidad. ¿Es posible hacer una lectura de la inseguridad y del delito no sobre las conductas de los vulnerados y marginados sino desde ellos (Pegoraro, 2000), desde su mirada a la sociedad o al orden social?; creo así que el significado real de esta expansión del delito violento de los de abajo y la consiguiente "inseguridad" no puede reducirse a visiones morales dependientes de lo jurídico - penal que expresan la naturalización de la dominación y el sometimiento; las Ciencias Sociales y la Sociología en particular necesitan salir de este encierro mentiroso.

Bibliografía

Auyero, Javier (1997) Wacquant en la villa en *Apuntes de Investigación del CECYP*. Buenos Aires.

Bell, Daniel (1977) *Las contradicciones culturales del capitalismo*. México: Alianza Editorial.

Alonso Salazar (1990) *No nacimos pa semilla*. Bogotá: CINEP.

The World Bank (september 2000) *Seize the state, seize de Day: State Capture, Corruption and Influence in Transition*, by Hellman Joel, Geraint Jones y Daniel Kaufman.

Benjamin, Walter (1978) *Reflexiones sobre la violencia*.

Castel Robert (1997) *Las metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidos.

Elias Norbert (1986) *El proceso civilizatorio*. México: F.C.E.

Eysenk, H.J. (1973) *La desigualdad del hombre*. Madrid: Alianza Editorial.

Cohen, Stanely (1955) *Visiones del Control Social*. Barcelona: PPU

Costa, Pere-Oriol, J. Pérez Tornero y Fabio Tropea (1997). *Tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*. Barcelona: Paidos

Christie Nils (1975), *La industria del delito*. Buenos Aires: Ediciones del Puerto.

De Leo, Gaetano (1981) *La Justicia de menores*. Barcelona: Teide.

Ferrajoli, Luigi (1989) *Diritto e Ragione. Teoria del Garantismo Penale*. Bari: Buenos Aires

Freud, Sigmund (1976) *El Malestar en la Cultura*. México: Siglo XXI.

----- (1984) El porvenir de una ilusión. En *Psicología de las masas*. Madrid: Alianza Editorial.

Feixa, Carlés (1999) *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.

Foucault, Michel (1976) *Vigilar y Castigar*. México: Siglo XXI.

----- (1980) *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa.

----- (1992) *Genealogía del Racismo*. Madrid: La Piqueta.

----- (1979) El ojo del poder en *Jeremias Bentham: El Panóptico*. Madrid: La Piqueta.

----- (1990) *La vida de los hombres infames*. Madrid: La Piqueta.

----- (1979) Conversaciones con los maos en *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.

Guemureman Silvia y Alcira Daroqui (2000) *La niñez ajusticiada*. Buenos Aires: Ediciones del Puerto.

Girard, René (1995) *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama,

Hobbes, Thomas (2001) *De Cive*. Madrid: Alianza.

Kelling, George L. y Catherine M.Coles (1997). *Fixing Broken Windows. Restoring Order and Reducing Crime in Our Communities*. New York: Touchstone

Lemert, Edwin (1967). Estructura social, Control Social y Desviación en *Anomia y Conducta Desviada*. Marshall B.Clinard (comp). Buenos Aires: Paidos.

Lomnitz. L.A. de (1983) *Como sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI.

Maffesoli, Michel (1990) *El tiempo de las tribus*. Barcelona: Icaria.

Marcus, Michel. (1997) El delito y los modos de regulación de los conflictos urbanos en *Delito y Seguridad de los habitantes*. Elias Carranza (coord.) Siglo XXI, pag 99-130.

Matza, David. (1981) *El Proceso de Desviación*. Madrid: Taurus.

Mills, Ch.W. (1964) La ideología profesional de los patólogos sociales, en *Poder, Política y Pueblo*. México: Fondo de Cultura Económico.

Murray C. y Richard Herrnstein (1996) *The Bell Curve: Intelligence and Class Structure in American Life*. New York: Simon & Schuster.

Pavarini, Massimo (1999) Nuevos modelos explicativos en Criminología. La visión de la Criminología Crítica, en *Iter Criminis*. México.

Pegoraro, Juan (1998) Las relaciones sociedad-estado y el paradigma de la inseguridad. *Delito y Sociedad. Revista de Ciencias Sociales*. N° 9/10.

----- (2000) Violencia delictiva, inseguridad urbana: la construcción social de la inseguridad ciudadana. *Nueva Sociedad*, 167.

----- (2002) El eslabón perdido: teoría sociológica y delito organizado. *Encrucijadas*, 19.

Pegoraro, J y Tonkonoff S. (2001) *La violencia juvenil y los jóvenes de la esquina: una aproximación cualitativa*. (no publicado)

Resta, Eligio (1995) *La certeza y la esperanza*. Buenos Aires: Paidós.

Rojas, Patricia (2000). *Los pibes del fondo*. Grupo editorial Norma, Buenos Aires

Reguillo Cruz, Rossana (2000) *Estrategias del Desencanto. Emergencia de culturas juveniles*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.

Sousa Santos, Boaventura de (1991) *Estado, Derecho y Lucha Sociales*. Bogotá: ILSA.

Tavares de Sousa Santos (1999) Por uma sociologia da conflitualidade no tempo da globalização, en *Violencia em tempo de globalização*. J.V.Tavares dos Santos (coord.). Sao Paulo: Hucitec.

Thompson, E.P. (1995) *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica - Grijalbo.

Tonkonoff, Sergio (1998) "Desviación, diversidad e ilegalismos. Comportamientos juveniles en el Gran Buenos Aires. En *Delito y sociedad*. 11/12.

Charles Valentine (1972) *La cultura de la pobreza y contrapropuestas*. Buenos Aires: Amorrortu.

Crime Solutions, 18 things we can now do to fight back, en *The American Enterprise*, 1995; en *Delito y Sociedad*, 1, 2001.

Von Hirsch, Andrew (1998) *Censurar y Castigar*. Madrid: Trotta.

Wacquant, Loïs (1997) Elías en el ghetto, en *Apuntes de investigación del CECYP*. Buenos Aires

..... (2000) *Las Cárceles de la Miseria*. Buenos Aires: Manantiales.

Wilson, James Q y George Kellingn (2001) Ventanas Rotas La policía y la seguridad en los barrios. En *Delito y Sociedad*. 15

Young, Jock (2001) Canibalismo y Bulimia. Patrones de control social en la modernidad tardía. En *Delito y Sociedad*, 15.

Inseguridad dentro del terror

Gregorio Kaminsky

Considerar en estos momentos los problemas referidos a la "inseguridad", tal como se nos solicita, constituye una situación entre incómoda y paradójica. Son tiempos en los que el mundo ha 'ascendido a los extremos', como en su oportunidad ha señalado el pensador-estratega Von Clausewitz. Se trata de un ascenso que, bien mirado, es un hundimiento y una polarización en donde las tensiones entre los extremos hacen de estos una antinomia imperceptible. Guerra y política, palabras y armas padecen la sin distancia que no pocas ciencias sociales han enfatizado.

Así, la consideración de los problemas de la "inseguridad" debe inscribirse en las lógicas del "terror" internacionales, llamadas globales. Iraq es una localización global. Entonces, las ciudades o los territorios serán analizados como inseguros en la medida que esta consideración adquiera sus significados a escala de la dimensión de la guerra en planos de catástrofe, de armamentos y movilizaciones militares y civiles que nunca antes se verificaron con tal extensión y brutalidad.

Se trata de tiempos de inflexión –según palabras de Tulio Halperín Donghi- de una nueva época histórica, incluso de civilización. Hecha esta imprescindible observación, es posible entonces desagregar algunas características de aquello que en esta oportunidad evaluamos como "inseguridad".

Se advierte la habitualidad de su uso en niveles que alcanzan las acciones de la justicia y las formalidades del derecho instituido. Se habla entonces de 'inseguridad jurídica' cuando ciertas condiciones de la gestión pública, aludida como eminentemente política aunque sus consideraciones engloben instancias más estructurales y decisivas como por ejemplo las económicas.

Se invoca la inseguridad jurídica cuando circunstancias formales o informales impiden el ejercicio de las prácticas habituales de la gestión política, tales como el ejercicio autónomo de dichas prácticas, la renovación de autoridades de estado, etc.

Se habla también y se hace referencia a la 'inseguridad social'. Esta adopta, al menos, una doble significación: aquella que alude a la declinación de una responsabilidad política del estado, referida al ámbito de la seguridad social, la misma que incumbe a circunstancias relacionadas con la salud y la educación, la promoción y desarrollo de planes y programas que tienden a mitigar o reemplazar aquellas acciones indelegables del estado, pero que se realizan de manera parcial, defectuosa o simplemente - como ocurre con el denominado estado neoliberal - no se realizan.

Inseguridad jurídica, política, social... existen no pocas otras alusiones a la inseguridad, pero la solicitud de manifestar una posición o al menos una opinión está orientada muy probablemente a los aspectos que apuntan a los modos de la

inseguridad personal ante fenómenos tipificados como delictivos por los ordenamientos jurídicos.

Son las acciones que lesionan, intimidan, amenazan o directamente suprimen el libre ejercicio de los derechos ciudadanos en las relaciones sociales, hasta incluso vulnerar la existencia misma de los sujetos humanos.

Es incontestable que, dentro de los ámbitos aludidos se ha producido una desmesurada expansión en *cantidad y calidad* que suele imputarse a los brutales cambios económicos que se han posibilitado y suscitado por las también no menos brutales transformaciones en los ámbitos, laboral, social general, etc.

Entendemos que estos nexos causales son adecuados como tales, siempre y cuando se establezcan los modos, mediaciones y características de los mismos y no se les atribuya el monopolio interpretativo.

Queremos decir que las remisiones o adhesiones simplistas o mecánicas impiden, probablemente, las consideraciones necesarias para inscribir los procesos que, ahora, englobamos bajo el rubro de "inseguridad".

Efectivamente, se han extendido y diversificado aquello que ciertos sectores de la sociedad evalúan como amenaza y otros como un recurso indeseado pero inevitable ante las diferentes manifestaciones de la exclusión social. Gran número de los actos delictivos, por caso el robo, se han agravado por los índices de violencia y hasta muerte, con los que se ven 'acompañados'. También es considerable la disminución de las edades de aquellos ciudadanos tipificados por las leyes como delincuentes.

No pocos sectores claman por el endurecimiento de las penas. Un caso, entre elocuente y significativo, es aquel en donde la madre de un joven secuestrado, desaparecido y encontrado muerto 'perdona' a los delincuentes en un acto fundado en sus convicciones religiosas. Mientras que a los pocos días, y en circunstancias casi similares que la anterior, otra madre reclama el aumento de la gravedad de las penas hasta alcanzar a la misma pena de muerte.

Quiere esto decir, entre otras cosas, que en los mismos parecidos sectores sociales se disparan disímiles actitudes respecto de los actos inscriptos en la denominada "inseguridad". Ante la renuncia o delegación de los actos de estado que se orientan a la satisfacción de las necesidades –al menos primarias e indispensables- ciudadanas, se clama por la dureza y la represión, mientras se alude a cuestiones instrumentales tales como el mayor equipamiento policial, multiplicación de las cárceles y endurecimiento de las penas.

Por otra parte se invoca la atención de aquellas circunstancias –económicas, sociales, políticas- que favorecen y potencian los índices delictivos tales como el desempleo, la degradación educativa y epidemiológica, el desmedro habitacional, y todo aquello que se inscribe en la categoría de exclusión social.

Un corolario posible: si en el campo económico financiero se comete un atentado a la propiedad privada (mayor que los actos experimentados en los denominados países socialistas) como el denominado 'corralito'; si se violentan los modos formales de ejercicio democrático como el ocurrido recientemente en la provincia de Catamarca; si se multiplican los actos de corrupción estatal y paraestatal; si se distorsionan elementales reglas de juego social, entonces es necesario no orientar exclusivamente la mirada a los actos ostensibles de violencia en los sectores populares ('excluidos') y advertir que esos y otros actos aludidos son máquinas sociales efectivas de generación de lo que aquí hemos denominado "inseguridad".

Las seguridades perdidas

Alcira Daroqui

"Después de haberse olvidado una serie de sujetos vulnerables provenientes de grupos marginales o 'peligrosos' cuando estaba en juego la seguridad de sus derechos, la política criminal los reencuentra como objetos de política social". Baratta (1997)

En la última década el aspecto más convocante sobre "la seguridad" ha remitido casi exclusivamente a aquel que la vincula y circunscribe a la cuestión de la criminalidad. Política criminal ha sido casi sinónimo de política de seguridad (Baratta, 1997; Sozzo, 2000; Pegoraro, 2001). La cuestión "seguridad" en estos términos ha recorrido al mundo globalizado, "globalizando" por tanto diagnósticos, respuestas, estrategias y fundamentalmente la construcción de un discurso hegemónico que si no excluye, al menos *deposita* en los márgenes otras lecturas conceptuales y fácticas de la cuestión "seguridad" en sentido más amplio. Esta mirada reduccionista no es producto ingenuo de una miopía analítica, sino que es un recorte que procura darle sentido al tratamiento de la seguridad solo en términos de poner delante de ella a su "oponente", la inseguridad. "Lo correcto" es pensar y producir discursos en términos de 'inseguridad' y ésta, a su vez, y mecánicamente asimilada- en términos de criminalidad. El par 'seguridad-inseguridad' se circunscribe al campo de las políticas penales que en los últimos años han pretendido no solamente actuar en términos de la represión del delito sino que han avanzado sobre nuevas estrategias en la prevención (Baratta, 1997)

Esta suerte de problematización (Castel, 1995) de lo delictual ha puesto su acento en la "seguridad ciudadana", concibiendo a ésta *"siempre y solamente en relación con los lugares públicos y de visibilidad pública o con relación a un pequeño número de delitos que entran en la así llamada criminalidad tradicional (sobre todo agresiones con violencia física a la persona y al patrimonio), que están en el sentido común y son dominantes en la alarma social y en el miedo a la criminalidad"*¹. Esta afirmación de Baratta (1997), remite a reconocer cómo se fue abandonando una concepción de la seguridad que tenga en cuenta la provisión de garantías de derechos y de reaseguros sociales a la población, a toda persona que viva en un territorio, cualquiera sea, y por supuesto también de la posibilidad de transitar sin riesgos de ser víctimas de diferentes expresiones de la violencia en los espacios urbanos. Esta reducción de la concepción de seguridad "habilitó" a asimilar la 'seguridad ciudadana' y la 'seguridad urbana', convirtiéndolos casi en

¹ Baratta, Alessandro, "Política criminal: entre política de seguridad y política social", en *Delito y Seguridad de los habitantes*. Elias Carranza(coord). México: Siglo XXI, 1997

sinónimos (aunque la abundante bibliografía existente pretenda diferenciarlos). A la hora de diseñar estrategias de acción en el marco conceptual de 'seguridad-inseguridad', 'seguridad ciudadana' y 'seguridad urbana' aparecen como intercambiables. Los formadores de opinión, los juristas, los políticos y otros tantos, construyen discursos y prácticas que circulan alimentando y realimentándose en el pensamiento del sentido *común del común* de la gente, de "los ciudadanos" y aún de los "no ciudadanos", proponiendo visualizar la cuestión de la criminalidad como *el* problema a resolver ya no solo por el Estado sino también por parte de los que son considerados *ciudadanos-potenciales víctimas*. La "participación ciudadana" ha sido convocada para gestionar en los barrios, en las calles, la 'cuestión seguridad' en términos de resguardo de actos delictuales y de las *incivildades*² de aquellos representantes de la "mala vida" (que condensan todas las representaciones de 'grupos amenazantes' o 'grupos de riesgo' que ponen en riesgo a "los otros", a los "buenos vecinos").

La cuestión 'seguridad-inseguridad' se plantea en términos una vez más de *defensa social*³. Esta defensa social asume principalmente dos carriles: por un lado aumento y consolidación del sistema penal conforme a su capacidad represiva, y por otro incorporación de estrategias vinculadas a la prevención del delito, ya no en cuanto a la reacción penal posterior a la infracción (prevención especial y prevención general) sino en formas de la prevención anteriores a la infracción, por lo tanto no penales (Nueva Prevención, Crawford (1998). En el marco de las formas tradicionales de la *defensa social*, Alessandro Baratta, enuncia una serie de principios que destaca como sus fundamentos. Surgida en el ámbito específico del sector penal en el nacimiento del sistema jurídico burgués, permite reconocer cómo los mismos se mantienen vigentes a la hora de legitimar al sistema penal en su conjunto como herramienta fundamental para garantizar un orden social (*este orden social*). Si decimos vigentes es porque tanto en las producciones teóricas y en el diseño mismo de políticas penales se reconoce la indiscutida avanzada de la Derecha Criminológica que como expresa Pegoraro (2001) "*con su idea de orden social-estado-política penal, ha desarrollado una 'afinidad electiva' con la ideología de la defensa social*"⁴ En todos y en cada uno de ellos, el *principio* de legitimidad, el *principio* del bien y del mal, el *principio* de culpabilidad, el *principio* del fin o de la prevención, el *principio* de igualdad y el *principio* del interés social y del delito natural, encontramos una referencia sistemática a una sociedad que detenta valores, normas e intereses comunes a todos los ciudadanos, una ley penal igual para todos y un Estado como expresión de esa

² Se las suele denominar como "incivilités", utilizando la terminología francesa y se las define como conductas y situaciones no formalmente delictivas (conductas incivilizadas)

³ Baratta Alessandro, "Criminología Crítica y Crítica del Derecho Penal", Siglo XXI Editores. México, 1986.

⁴ Pegoraro Juan, "Derecha criminológica, neoliberalismo y política penal" en *Revista de Ciencias Sociales, "Delito y Sociedad"* N°15-16. Buenos Aires, 2001

sociedad- con instancias de control social que legitiman su accionar represivo hacia la criminalidad o la desviación criminal entendidas como el *mal*, como amenaza, reafirmando entonces, esos valores, normas e intereses. Una sociedad que delega en el Estado su resguardo, y en este sentido "otorga el consenso" necesario para legitimar las acciones represivas para combatir a la criminalidad y con ello, claro está, a los delincuentes. Estos a su vez, desde la ideología de la Defensa social son visualizados como "individuos peligrosos", como "el delincuente", y aún más desde la individualidad se afirma "... la criminalidad de la cual son responsables *determinados individuos*" (principio de legitimidad). La ideología de la Defensa Social operacionalizada a través de sus distintas personificaciones (operadores políticos, judiciales, juristas, criminólogos, periodistas, formadores de opinión etc.), se ha instalado en las sensibilidades de las "mayorías" produciendo discursos y prácticas que han posibilitado, hace ya más de dos siglos, que el sistema penal se haya constituido en operador fundamental e instrumento de la reproducción de la desigualdad social, no obstante se ampare y se legitime en el *principio de igualdad*. Esta contradicción no es considerada siquiera como una cuestión a resolver.

Delincuente, individuo peligroso, desviado no será aquel que cometa delitos será solo aquel que el sistema de justicia penal encierre en la cárcel, o señale con algún gesto de ejemplaridad sancionatoria. Suele "confundirse" delincuente con detenido⁵ y ello brinda, en una suerte de profecía autocumplida, el resultado previsto, ¿quienes son los encarcelados?, ¿quiénes son los que el sistema penal, en primera instancia a través de la "cacería policial" y posteriormente a través de las prácticas de la justicia penal, serán *etiquetados*⁶ de delincuentes? ¿Quiénes en este presente como hace un siglo nutren día a día la población carcelaria? Los pobres "malvivientes". El encierro de la peligrosidad, sea individual o social, ha sido una constante (hace dos siglos, hace un siglo y por supuesto en el presente) que construye una suerte de 'estereotipo del delincuente' históricamente identificable. Mas aún, ya no sólo serán los pobres sino que además en una ajustada selectividad se "preferirá" significar al delincuente también como joven y varón. Seguramente los autores de delitos tipificados en la criminalidad tradicional reúnen estos atributos. Seguramente, los autores de hechos que implican agresiones con violencia física hacia las personas y al patrimonio y como sostiene Baratta(1997), *"en la opinión pública y en los medios de comunicación de masa, estos delitos son caracterizados por una regular repartición de papeles de la víctima y del agresor, respectivamente: en los grupos sociales garantizados y 'respetables' y en aquellos marginales y 'peligrosos', extranjeros, jóvenes, toxico-dependientes, pobres, sin familia, sin trabajo o sin una calificación profesional"*⁷.

⁵ Pavarini Massimo, "Control y Dominación. Teorías criminológicas burguesas y proyecto hegemónico", México. Siglo XXI, 1983.

⁶ Matza David, "El proceso de desviación", (Editorial TAURUS, Madrid, 1969

⁷ este colectivo se encuentra ciertamente privilegiado cuando nos referimos a "productores de inseguridad" y por ello los jóvenes y adolescentes se hacen portadores de todos los atributos negativos imaginables: "peligrosos-violentos-enfermos-drogadictos-incurables e

En este marco, no es difícil imaginar una sociedad dividida entre bandos, "los unos y los otros", en la cual la ideología de la Defensa Social aparece, obviamente, como hegemónica aunque con algunas particularidades.

Sería una gruesa omisión de nuestra parte, dejar de mencionar que todo este proceso de cambio se gesta en los últimos 20 años, simultáneo al anclaje contundente del neoliberalismo y de la globalización de la economía en el mundo occidental liderado por gobiernos conservadores, o neoconservadores. El impacto y los efectos fueron irreversibles en términos de polarización social, concentración de la riqueza, ampliación de la pobreza, destrucción de los aparatos productivos y las protecciones sociales, derrumbe de la sociedad salarial (Castel, R. 1997), desregulación del trabajo y reformulación del rol de Estado, abandonando paulatina y sostenidamente, el diseño de políticas sociales que garanticen la preservación de derechos universales básicos.

Escenario: Diagnóstico y pronóstico

Desde los gobiernos de turno se reconoce y se alimenta la cuestión del incremento de la violencia y dentro de ésta de aquella vinculada al aumento de la actividad delictiva, se hace especial referencia ya no tanto a la peligrosidad de algunos sujetos sino a grupos y zonas de alto riesgo por habitar en ellas potenciales ofensores⁸, se responsabiliza en términos de eficiencia al sistema penal (policía y justicia) y se diseñan propuestas de ley y orden que se plantean más en términos de *gobernabilidad de la nueva cuestión social* entendida esta como el proceso de exclusión y desafiliación (Castel, 1995) de

incorregibles" (al respecto, Daroqui-Guemureman: *La droga en los jóvenes: un viaje de «ida»: desde una política social de neutralización hasta una política criminal de exclusión sin retorno*, 2001). Se dice que cómo aumentó la cantidad de delitos cometidos por jóvenes, y bajó la edad de los autores de acciones delictivas, hay que bajar la edad de imputabilidad, aumentar las penas, construir más instituciones de encierro, o formular programas que ayuden a los otros (a los buenos "vecinos") a protegerse de ellos, más que a ellos mismos. El aumento de la participación de adolescentes y jóvenes en hechos presuntamente delictuosos explica también la reactivación de la persecución policial que a su vez se traduce en una mayor cantidad de detenciones (al respecto Guemureman-Daroqui, *La niñez ajusticiada*, 2001).

⁸ Estos conceptos son desarrollados en el artículo "La nueva penología. Notas acerca de las estrategias emergentes en el sistema penal y sus implicaciones"; publicado en la Revista de Ciencias Sociales "Delito y Sociedad" N° 6-7 en el año 1995 cuyos autores Feeley, M y Simon, J. Asimismo es importante destacar al menos otros aspectos que definen a la Nueva Penología, me refiero en particular cuando los autores expresan que 'un rasgo central del nuevo discurso es el reemplazo de la descripción moral o clínica del individuo por un lenguaje actuarial de cálculos probabilísticos y distribuciones estadísticas aplicadas a la población'.....'Estas nuevas doctrinas descansan sobre como <manejar> la seguridad pública y emplean el lenguaje del <management> y la utilidad social y no aquel de la responsabilidad individual'....'La Nueva Penología no tiene como referencia al castigo ni a la rehabilitación. Se refiere a la identificación de grupos difíciles de controlar'.

amplios sectores poblacionales, que de descenso de las tasas de delitos, respondiendo de esta forma a las demandas de seguridad ciudadana.

En este contexto se apelará a estrategias y políticas respaldadas en las tradicionales demandas de Defensa Social fortaleciendo y expandiendo el sistema penal, se crearán nuevos cuerpos policiales, se aumentará el número de efectivos, se ampliarán las facultades policiales, se elevarán los presupuestos de las distintas fuerzas de seguridad interna, se crearán nuevos juzgados, se aumentará el personal judicial, se votarán leyes incrementando las penas, se promoverá mediante fallos judiciales el mayor tiempo de permanencia de presos y presas en las cárceles, no se otorgarán excarcelaciones y se construirán más cárceles con modernos sistemas de máxima seguridad.

Al mismo tiempo y con esta direccionalidad se expandirán a través de los discursos del sector político y particularmente a través y desde los medios de comunicación la idea de una única 'seguridad' amenazada, aquella vinculada al delito y en particular al delito urbano. *"Las situaciones de riesgo a menudo gravísimas que sufren mujeres y niños en el ámbito doméstico, las limitaciones de los derechos económicos de las cuales son víctimas sujetos pertenecientes a los grupos marginales y "peligrosos", no inciden en el cálculo de la seguridad ciudadana; delitos económicos, ecológicos, de corrupción y de concusión, desviaciones criminales al interior de órganos civiles y militares del Estado, así como convivencias delictuosas por parte de los detentadores del poder político y económico con la mafia, hacen parte de la cuestión moral, pero no tanto de la seguridad ciudadana".* Baratta (1997)

En este escenario, si hablamos sólo de delito, hacemos cargo de su combate únicamente al sistema penal (policía y justicia), pero si avanzamos y hablamos de 'seguridad' o mejor aún, de 'inseguridad' este recorte ya no es posible: que una "sociedad del bien", tenga una actitud sólo expectante hacia los que deberán hacer esas instituciones, es poco menos que inconcebible. Por ello convocada y autoconvocada la sociedad desde una perspectiva "comunitaria" en términos territoriales-locales ha cobrado protagonismo cuando se debate qué hacer con la 'inseguridad' y entonces qué hacer con la 'seguridad' y justamente no solamente en términos de delito sino también de *incivildades*, de conductas relacionadas a infracciones que alteran la convivencia social en un territorio determinado.

Nueva prevención y comunidad

En la propuesta de la Nueva Prevención es la "comunidad" quien se hace cargo de definir, identificar y trazar estrategias para combatir y resguardarse de los actos delictivos y de las *incivildades* que afectan la convivencia social. Sus acciones están orientadas al mejoramiento de los espacios públicos con el fin de reducir las oportunidades de realización de delitos. Pero además de este modelo de intervención, que podríamos llamar *situacional* tanto si el liderazgo lo ejerce la policía (modelo anglosajón como escandinavo) o el liderazgo lo

ejercen las comunidades locales (modelo francés), también prospera el modelo *social* que propone modificar las causas estructurales de la criminalidad a través de diversas formas de desarrollo social. Sus acciones están orientadas a grupos de riesgo de cometer hechos delictivos y a sectores sociales excluidos. La política social se transforma así, según conceptos de la Nueva Prevención, en prevención social de la criminalidad.

Si bien algunos de sus mentores desde otras latitudes sostienen que podríamos estar frente al objetivo logrado tendiente a la *socialización de la política criminal*, desde una perspectiva local, parecería que estamos más cerca –como dice L. Wacquant, (2000)- de una tendencia, también lograda de *criminalización de la política social*.

Nueva penología, Nueva prevención, paradigma de la ‘seguridad-inseguridad’, estrategias y producciones teóricas se han materializado en verdaderos programas y planes de acción política para países de horizontes culturales diferentes a los de estas latitudes a partir de la década de 1980. La disparidad de contextos no ha eliminado –ni siquiera limitado- la tentación en las producciones teóricas locales, (y también desde el diseño de programas de seguridad desde el ámbito estatal), de pensar y producir discursos en clave de aquellos modelos diseñados en los Países Escandinavos, Inglaterra y Francia.

Reflexiones finales

En la Argentina hemos presenciado a partir de la década de 1990 una fuerte irrupción de esta temática, desde la producción académica-científica, desde el discurso político y en particular desde aquellos formadores de opinión, periodistas y/o comunicólogos. Justamente esta década que se inaugura con el gobierno menemista que pone en marcha la Ley de Emergencia Económica y la Ley de Reforma del Estado, y tuvo carta franca para imponer y consolidar un modelo de ajuste económico que lejos de incidir en la baja del gasto público, achicar la deuda externa (a través de las privatizaciones y el desmantelamiento del estado), y fortalecer el crecimiento del país, sumió a este en una aguda crisis recesiva con una deuda externa tres veces mayor que diez años atrás, con una pobreza mucho más distribuida y una riqueza mucho más concentrada. Como correlato, la sensación de “inseguridad” comenzó a aflorar en todos los habitantes, en los unos asimilada a pedido de severidad de castigo y medidas represivas para aquellos que atentan a la tranquilidad pública mediante lo delictual, en otros como medidas de protección contra los despidos masivos, la flexibilización laboral y la baja en las prestaciones públicas; en otros mediante el repliegue privado en *countries* o zonas pacificadas en forma artificial mediante el pago sustancioso como moneda de cambio; en otros mediante la búsqueda de paraísos religiosos, o químicos, y en otros sencillamente el padecimiento con resignación... de que siempre puede ser peor.

En este contexto, el tema de la “seguridad” como tema agendado por el Estado se instaló como cuestión social, es decir, como problema acerca del

cual hay consenso que se debe hacer algo. La seguridad que se instaló en agenda es la "seguridad ciudadana" recortada a la prevención y represión del delito; es decir que del amplio espectro de las demandas de aquello que pedía la gente, se eligió escuchar las demandas de seguridad ante la violencia y el delito.

Estas demandas no sólo estaban vinculadas a un aumento evidente del delito plasmado en las estadísticas que elaboraba la Dirección Nacional de Estadística y Reincidencia Criminal que indicaba a modo de ejemplo en el año 1991, un total de 489.290 delitos y en el año 1997, un total de 816.340 en todos el país, sino a la sensación subjetiva de inseguridad que tenía un fuerte anclaje en el discurso de los medios de comunicación acerca de una suerte de "estado de guerra" en el cual cualquiera debía considerarse potencialmente víctima.

El delito aumentaba, la sensación de inseguridad también y desde el Estado se diseñaba propuestas que dejaban claro cual era la orientación de la política penal: producción legislativa aumentando las penas, expansión de los organismos de la justicia penal, construcción de nuevas cárceles, proyectos legislativos para la baja de edad de imputabilidad de los menores, aumento de población privada de libertad, legislación para ampliar las facultades de la policía etc.

Por supuesto el delito no disminuyó y la sensación de inseguridad aumentó. La política penal adquirió ciertos criterios vinculados a la Nueva Penología y en cuanto a aquellos definidos en la Nueva prevención y sin ser por ello copia de sus principios pero tomando algunos de sus campos de acción se diseñaron Planes de Prevención del Delito como el de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires que en 1997 se denominó Programa de Seguridad Ciudadana que incluía Consejos de Prevención del Delito barriales establecidos en cada Centro de gestión y Participación ciudadana (CGP) y sus objetivos fueron disminuir el nivel de delitos y construir un mapa del delito de la ciudad, con participación de vecinos y de la policía de cada comisaría barrial.

En el año 2000 se transforma en Plan de Prevención del Delito ratificado por el Gobierno Nacional a partir de la creación del "Plan Nacional de Prevención del Delito". Aquí ya se incorpora un ítem que refiere a "aplicar políticas de prevención ambiental y social".

Este trabajo no pretende realizar un análisis de sus contenidos ni tampoco evaluar su desarrollo pero si indicar que si bien en la letra escrita se apela tanto al *modelo situacional*, como al de la *prevención social*, es el primero el que ha marcado presencia en cuanto al desarrollo de acciones y discursos convocantes a la participación ciudadana para tratar el problema del delito y la inseguridad. El segundo, no es posible siquiera considerarlo, es decir, no hay riesgos de "criminalizar la política social" porque esta no integra en forma de programa de gobierno la agenda de asistencia y protección de derechos de las mayorías excluidas por las políticas de ajuste neoliberal.

En definitiva, en países como la Argentina la problemática de la seguridad no se dirime mas que en las formas tradicionales de la Defensa Social con el agravante de que parece ser *que nos estamos ocupando de otra cosa*, de algo que va mas allá de la represión descarnada de una minoría de ofensores que serán signados como los sospechosos de siempre, serán judicializados y seguramente encarcelados. Esta estrategia ha permitido desde hace mas de una década ocultar el verdadero avasallamiento por parte de las políticas neoliberales sobre las "otras seguridades". Si no salimos de esta trampa es probable que en breve ya no les llamemos "las otras seguridades", sino que corramos el riesgo de naturalizar la extinción de las mismas, creyéndonos que solo seremos víctimas o potenciales víctimas de algún delito callejero.

BIBLIOGRAFIA

Baratta, Alessandro (1986) *Criminología Crítica y Crítica del Derecho Penal*, México: Siglo XXI.

Baratta, Alessandro (1997) Política criminal: entre política de seguridad y política social, en *Delito y Seguridad de los habitantes*. Elias Carranza(coord). México: Siglo XXI

Crawford, Adam (1998) *Crime Prevention and Community Safety*. London & New York: Longman.

Daroqui, Alcira y Guemureman, Silvia (2001) La droga en los jóvenes: un viaje de ida. Desde una política de neutralización hasta una política criminal de exclusión sin retorno, en *Jóvenes: ¿en busca de una identidad perdida*. Publicación del Centro de Estudios en Juventud CEJU. Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez, Santiago de Chile.

Guemureman, Silvia y Daroqui, Alcira (2002) *La niñez ajusticiada*. Buenos Aires: Editores del Puerto.

Matza, David,(1969) *El proceso de desviación*. Madrid, Taurus.

Pavarini, Massimo (1983) *Control y Dominación. Teorías criminológicas burguesas proyecto hegemónico*. México: Siglo XXI.

Pegoraro, Juan (2001) Derecha criminológica, neoliberalismo y política penal, en *Delito y Sociedad*, 15/16, 141-160.

Sozzo, Máximo (2000) ¿Hacia la Superación de la Táctica de la Sospecha? Notas sobre Prevención del Delito e Institución Policial, en: CELS/CET: *Detenciones, Facultades y Prácticas Policiales en la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires.

Wacquant, Loiq (2000) *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires: Manantial.

Crisis y cultura, o los retornos de lo innombrable

Pablo Alabarces

1. La crisis produce (pone en la superficie, cataliza, articula, nos permite, aquí, discutir en voz alta, transformar en voz lo que era murmullo) tres retornos de lo innombrable, o un regreso de tres significantes. Saludablemente: la política. Menos saludablemente, la violencia, pero esto dicho de manera apresurada, porque retorna lo que nunca se fue, sólo que se reviste de nuevos ropajes, o se vuelve desenfadadamente represiva y antipopular. Y esto último: también saludablemente, el regreso del pueblo como sujeto, en una última batalla contra la *gente*.

2. Pero en el principio fue el verbo: ¿de qué hablamos cuando hablamos de la *crisis*? Creo que cada uso cotidiano remite al estallido de diciembre del 2001 como explosión espectacular, que a su vez dispara las siete plagas: devaluación, crisis institucional, desaparición de la legitimidad y cuestionamiento de la representación política, agravamiento exasperado de la desocupación, el hambre y la miseria, radicalización de las condiciones de exclusión de (ahora sí) la mayoría del pueblo argentino. Sin embargo, un primer argumento cultural: suponer que *eso es la crisis* es limitar todo a pura casuística, a evento y acontecimiento, para colmo filmable y televisable –y las decisiones analíticas no pueden ser decisiones espectaculares: dos gramáticas. Más aún: esto supone facilidad clasificatoria y esquematismo argumentativo, según el cual podemos pensar algo porque un hecho habilita un hilo de discurso. Pertinazmente historicista, prefiero pensar en tiempos largos; pensar que esta *crisis* es sólo una puesta en escena de dos series complementarias: el fracaso del capitalismo para producir riqueza y distribuirla democráticamente, por un lado, y de una tradición de revuelta y resistencias que, pletórica de contradicciones como toda tradición real y no inventada (estas últimas suelen ser narrativamente más fluidas), puede ser leída en la historia social argentina. *Crisis*, entonces, aunque previsible, que no deja de ser más urgente por lo que actualiza. Entonces, propongo un desplazamiento del significante: de *crisis* a *crítica*, en el doble sentido de lo que reclama a nuestro pensamiento como ejercicio necesariamente opuesto a la razón dominante (pletórica de lugares comunes, de un sentido común naturalizado y hecho habla periodística), y como ejercicio de análisis, de deconstrucción y de costura.

3. Pero también: crisis y *cultura*. Y allí, giro lingüístico mediante, la tentación de reducir todo a un problema de flujo de discursos y actos de habla. Una tentación fácil de reprimir, cuando la explosión de diciembre significó sonidos y espacios significantes, una cadena de símbolos legibles e interpretables –nuestro oficio–, pero antes fueron cuerpos movilizados y reprimidos, muertes, balas: la dura materialidad de la muerte, como también la dura materialidad de una economía que no se limita –como nunca se limitó– a fetichismo o a intercambios simbólicos. La crisis del año que acabamos de vivir y del que seguimos viviendo no son sólo las imágenes de diciembre, de Puente Pueyrredón, de los desnutridos tucumanos; son antes su referencia, su corporalidad inalienable. Sin que este reclamo sea una suerte de pretensión pre-semiótica: sólo la necesidad de reponer aquello que algunos estudios culturales tientan desplazar.

Entonces: cultura también como un sistema de bienes y de prácticas dominados por el simbolismo. Y en ese territorio, la crisis nos obliga a pensar varios territorios simultáneamente: desde las prácticas de los actores legítimos (los intelectuales, gramscianamente hablando) hasta los repertorios puestos en escena, pero también las distintas dimensiones en que estas prácticas se ponen en juego. ¿Lo culto y lo popular? ¿Lo letrado y lo masivo?

4. Cuestión de humores: permítaseme exasperar el sentido pesimista, privilegiar la crítica, como reclamaba más arriba. Nuevamente, ser persistentemente gramsciano: entre el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad, hoy nos toca la primera vuelta. Más los territorios donde lo viejo no termina de morir que aquellos donde nace algo –donde re-nace.

5. Por lo tanto, y esquemáticamente: el mundo de lo docto, aquello que pomposamente se supo llamar el mundo de “la cultura”, exhibe ante la crisis sus miedos, sus traiciones, sus capillismos, su menemismo disfrazado de progresismo, su renuncia a la crítica pero encubierta detrás de una hojarasca crítica, su populismo sofisticado sin la articulación conflictiva que definía al populismo como forma del antagonismo político, su práctica de las políticas culturales como reparto de canonjías estatales y feudos amistosos, su sujeción feliz al sometimiento periodístico. Publicarás en *Clarín* o no serás nada, reza el mandato de época, y a la doctrina se sujeta la práctica: puro renuncio. La Alianza significó el punto más alto de esta agachada de la inteligencia, de una ceguera política digna de mayor mérito: llamar moderado a un conservador, y festejar el hallazgo. Todo esto explica el poco éxito de la consigna “que se vayan todos” en este mundo: se sabe que incluye, y nadie está dispuesto a hacer las valijas y perder el subsidio (el carguito, el canon, la cátedra, la asesoría, el contrato). Por el contrario: la política burguesa siempre ofrece un puerto cálido, y los letrados argentinos sabrán encontrar la variante “progresista” adecuada. Una profecía: revisemos las solicitadas de apoyo a los candidatos los próximos dos meses. Estarán todos los amigos: *a éste lo conozco*.

6. Pero también, el mundo de lo masivo, el espectáculo televisivo, la cultura de masas: de la celebración de la revuelta de “la gente” al encubrimiento, a la demonización; la persistencia de una exclusión simbólica (porque el código de lo visible sigue idéntico a sí mismo) que duplica la económica, pero con un giro perverso. Porque se disfraza de polifonía, convoca un festín de voces falaz que es puro poliglotismo, una cacofonía de sonidos donde el organizador sigue siendo un sentido común conservador o directamente fascista, pretendidamente transgresor pero sin pasar ningún límite; un plebeyismo nuevamente sin opositor, sin antagonista. Parafraseo una afirmación de Sarlo: el universo de lo masivo, la industria cultural, ha perdido toda visión ética y estética, ha cometido todas las claudicaciones. Y va por más.

7. Entonces, retomo el inicio. *Y sin embargo*, la crisis nos muestra el retorno de tres significantes: política, violencia, pueblo.

Michel de Certeau sostiene que los textos doctos sobre lo popular eliminan la infancia, el sexo y la violencia, diseñando una geografía de lo eliminado que revela la intención censora del texto represivo. Podríamos decir que lo eliminado hoy en la

superficie de la cultura contemporánea son los cuerpos, la violencia y la política. Hay cuerpos que siguen siendo no representados, hay cuerpos que siguen siendo no decibles, y esos cuerpos deben ser expulsados. Hay cuerpos que siguen sin poder ser exhibidos. Es la distancia entre los cuerpos plenos de sexualidad histórica de las tapas de las revistas de actualidad, y los cuerpos plebeyos de los travestis callejeros. Esta estética plebeya, esa monstruosidad vuelta belleza que proponía Solanas en *La hora de los hornos* se ha cumplido solamente como farsa y como parodia. A la vez, la violencia represiva se nombra como orden, y la violencia sobre el cuerpo popular se nombra como justicia, y a la violencia popular se la llama simplemente violencia –porque a secas, es el término de la condena. Y la política es lo eliminado, porque el texto massmediático debe expulsarla, porque sus gramáticas no pueden capturarla, salvo como espectáculo del vacío y de la reproducción infinita del orden burgués.

Pero pareciera que *el piquete une cuerpo, violencia y política*. Por eso se suma allí la muerte: Darío Santillán y Maximiliano Kosteki asesinados en la Estación de Avellaneda son cuerpos, son violencia y son política. Decía Rodolfo Walsh que “una clase no se suicida”, por lo que tiene que llamar “orden y tranquilidad” al asesinato. Decía Walsh hace tantos años: “la clase a cuyo gobierno representan se solidariza con aquel asesinato, lo aceptan como hechura suya y no lo castigan, simplemente porque no está dispuesta a castigarse a sí misma”. A Santillán y a Kosteki los matan por *tomar la palabra*, que es el gesto de decir “aquí estoy, puedo hablar, me vuelvo visible, soy representable”; ése es el gesto que no se puede tolerar, ni desde el poder político ni desde el poder simbólico, porque la administración del discurso legítimo (letrado o masivo) no puede perder la capacidad de autorizar la palabra.

Y entonces, sobre esto: ¿cómo opera el relato, qué operación simbólica se despliega? ¿Desde dónde se narra la muerte del otro, desde dónde se narra la violencia establecida sobre los cuerpos populares? Siempre se habla del mismo lado, desde la cultura dominante, aunque esté disfrazada de un inocente e inofensivo progresismo. Es Marcelo Zlotogwiazda en “Periodistas” exigiéndole a D’Elía: “bueno, pero por sí o por no, ¿están con la violencia?”. ¿Por qué eso no se le pregunta a la clase que ejerce la violencia cotidianamente? Resuenan los ecos inolvidables de “Cabecita negra”, el cuento de Rozenmacher: la voz del señor Lanari que murmura “la chusma, dijo para tranquilizarse”, dice Rozenmacher que dijo Lanari en 1962, “Hay que aplastarlos, aplastarlos, dijo para tranquilizarse. La fuerza pública, dijo. Tenemos toda la fuerza pública y el ejército, dijo para tranquilizarse. Sintió que odiaba...”.

En ese mismo programa Adrián Paenza cerraba el bloque diciendo a cámara: “y, vos ¿ayudarías a un desconocido solamente porque está herido?”, en referencia a la muerte de Santillán por auxiliar a Kosteki en la Estación Avellaneda, un desconocido –dice Paenza. Y miraba a la cámara, ventana al mundo de la *gente como uno* y decía: “y, vos ¿ayudarías a un desconocido?”. ¿A quién se ayuda, a quién no se conoce? Lo que Paenza no lee es que los testimonios de los amigos de Santillán y Kosteki insistían minuciosamente en el mismo término nativo: “el compañero”. El periodista –¿cualquier letrado?– no puede escuchar al otro, a los nativos que dicen “compañero” –porque es una voz *otra* que ha tomado la palabra,

y ahí está el límite de una cultura represiva que no se entiende a sí misma como tal, confiada en su progresismo blanco. Y entonces, no escucha que hablan de Santillán y de Kostecki como *compañeros*, y en consecuencia no se da cuenta de que *saber leer* es entender que *compañero* no es simplemente un vocativo. *Compañero* está definiendo un campo de interpretación, un campo de sentidos dentro del cual la práctica de ayudar al otro es perfectamente legible; no se ayuda a un desconocido, se ayuda a un *compañero* y eso es lo que diferencia nada más y nada menos que al *pueblo* de la *gente*.

8. Y allí el tercer retorno: un viejo sujeto político que resurge de la condena massmediática y letrada. Con menos épica, afortunadamente, y con más miseria, pero señalando que la cultura y la política –o su mezcla afortunada, una *cultura politizada*– ha dejado de ser patrimonio de clases medias pretendidamente doctas y progresistas. Que así nos fue.

Puede haber en todo esto algo de *populismo negro*, como le reprochaba Ginzburg a Foucault. No es mala compañía.

9. La violencia exhibe la potencia del apotegma benjaminiano: todo documento de cultura es un documento de barbarie. La crisis nos revela la barbarie del saqueo, de la explotación, de la miseria, que edificaron nuestra modernidad; nos recuerda que las consecuencias de la dictadura son una factura interminable; que los repertorios de traiciones no se limitan a la clase política, sino que nos incluyen. Y nos intima a una sola intervención cultural: la política.

Bibliografía

De Certeau, Michel; Julia, Dominique y Revel, Jacques. La belleza del muerto: Nisard, en *La cultura plural*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1999.

Ginzburg, C. (1981) *El queso y los gusanos*. Barcelona: Muchnick.

Rozenmacher, Germán (1967) Cabecita negra, en *Cabecita negra*. Buenos Aires: CEAL.

Sarlo, Beatriz (2001) Rodrigo: un test para el futuro, en *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Walsh, Rodolfo (1973) *Operación masacre*. Buenos Aires: De la Flor.